LA RICAHEMBRA.

Drama histórico, en cuatro actos y en verso,

DE

DON AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE

Y

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS.

MADRID—1854.
Imprenta de F. Abienzo.
Calle de Sta. Maria, núm. 32.

LA RICAHEMBRA.

Drama histórico en cuatro actos y en verso

DE

DON AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE

Y

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS.

MADRID—1854.

Imprenta de F. Abienzo,

Calle de Sta. María, núm. 32.

Al Sr. D. Manuel Cañete.

Simbolicen, Manuel queridísimo, nuestros nombres unidos al frente de esta composicion, el vínculo indisoluble de pura y tierna amistad que enlaza nuestras almas.

Manuel. **Aureliano.**

Este drama se ha estrenado en Madrid en el teatro del Príncipe á 20 de abril de 1854.

Madrid 12 *de abril de* 1854.

Segun el informe evacuado por el señor Censor, puede representarse.

QUINTO.





PERSONAS.	ACTORES.
Doña Juana de Mendoza. .	D.ª Teodora Lamadrid.
Marina.	D.ª Mercedes Buzon.
Beltran.	D. Joaquin Arjona.
Don Alfonso Enriquez. .	D. José Calvo.
Vivaldo.	D. Manuel Ossorio.
Un viejo.	D. Enrique Arjona.
Melendo.	D. Antonino Bermonet.
Labriego 1.º.	D. Pedro Maffei.
Idem 2.º.	D. Manuel Alvarez.
Idem 3.º.	D. José Bullon.
Idem 4.º.	D. Luis Cubas.
Escudero.	D. Esteban Montilla.

DONCELLAS, PAGES, SOLDADOS Y LABRIEGOS.

La escena pasa en un castillo de la Rioja y sus alrededores, año de 1386.

LA RICAHEMBRA.

ACTO PRIMERO.

Salon bajo de la casa fuerte de los Mendozas en Villaharta-Quintana, de suntuosa arquitectura bizantina, con puerta practicable al fondo.

ESCENA PRIMERA.

VIVALDO, Doña JUANA, MARINA, DONCELLAS. El primero sentado junto á un bufete, suelta al alzarse el telon un libro en que estaba leyendo. Las otras labran al lado opuesto de Vivaldo.

VIVALDO. ¡Pobre Tristan!
MARINA. ¿No lo dije?
¡Mal haya, amen, el rey Marco!
Su mujer la linda Iseo
razon tuvo para odiarlo,
y convertir su ternura
al mozo apuesto y bizarro.
VIVALDO. El rey á Tristan debiera
vencer en abierto campo;
pero matarle dormido...
Son ¡ay! los celos villanos.
DOÑA JUANA. Decid que de un loco amor
son los frutos siempre amargos.
MARINA. ¿Loco amor?
DOÑA JUANA. No más Tristan
y Lanzarote del Lago.
Es fiera peste del alma
libro ponzoñoso y vano.

VIVALDO. Cuidad que es verdad é historia.
DOÑA JUANA. Nunca: cuidad que lo mando.
Léeme otra vez los hechos
de nuestro Cid castellano,
ó los mil de mis ilustres
ínclitos antepasados.
Cómo el infante don Zuria
fue de la morisma espanto;
cómo...
VIVALDO. ¿Y para qué tan lejos,
cuando hechos de honor más alto
son hoy blason de Castilla
y de España orgullo y pasmo?
En esa de Aljubarrota
¿no murieron hace un año
vuestro padre y vuestro esposo?
DOÑA JUANA. Dices bien, murieron ambos.
VIVALDO. ¡Vuestro padre! El gran don Pedro,
rival de latinos lauros.
Aun sus palabras están
en mi pecho resonando:
«Si el caballo vos han muerto,
subid, rey, en mi caballo;
si os roba el dolor las fuerzas
llegad, subiréos en brazos.
Poned un pie en el estribo
y el otro sobre mis manos.
Mirad que el tumulto arrecia,
aunque muera yo, libradvos.
Pierdan mis hijos un padre,
yo al padre de todos salvo;
amparo sed de los mios,
y adios que va en vuestro amparo.»
Dijo el valiente alavés
señor de Hita y Buitrago,
al rey don Juan el primero,
y entróse á morir lidiando.
DOÑA JUANA. Como bueno.
VIVALDO. Era español!

DOÑA JUANA. Era Mendoza.
VIVALDO. ¡Preclaro
linaje, donde las hembras
son un portento... un milagro!
Cuál en cien sangrientas lides
vibra mortífero dardo,
y cuál triunfa de sí misma
con esfuerzo soberano.
DOÑA JUANA. Esa la mejor. Ansíe
triunfales palmas el bravo,
imperios el ambicioso,
renombre inmortal el sabio;
mas como cándido armiño,
cual del sol el limpio rayo,
guardar cumple á la mujer
su honor y su fama intactos.

ESCENA II.

Dichos y MELENDO.

Entra Melendo.
MELENDO. Señora,
licencia dadme de hablaros.
DOÑA JUANA. ¿Cómo dejas la atalaya,
que es tu puesto?
MELENDO. Nuevas traigo.
DOÑA JUANA. Dí sin tardanza.
MELENDO. Ya el sol
vá las nieblas disipando,
y en remolinos de polvo
y en son de guerra, á lo largo
muchas lanzas se descubren,
yelmos y arneses tranzados,
mucha tendida bandera,
mucho ligero caballo.
Lo arrollan todo: á sus pies
son rastrojos los sembrados.
DOÑA JUANA. ¿En los pendones qué viste?

MELENDO. Un acerado venablo.
DOÑA JUANA. ¡Oh! los del conde don Tello.
¡Bravo ¡alarde!
VIVALDO. ¡Estilo raro
de conquistar vuestras gracias!
DOÑA JUANA. ¿Aun no se juzga vengado
quemándome anoche un monte
porque le negué mi mano?
MELENDO. Mas nuevo el Conde en la tierra,
con arrojo temerario,
sin tino, la vuelta emprende
del pedregoso barranco.
Le cerrará la salida
laberinto de peñascos,
y un puñado de los nuestros
allí puede exterminarlo.
DOÑA JUANA. Bien un castigo merece.
VIVALDO. Con treinta lanzas contamos.
DOÑA JUANA. ¡Con treinta no mas!.. ¿Y el Conde?
MELENDO. Traerá doscientos caballos.
DOÑA JUANA. Locura, á tal desventaja,
fuera disputarle el paso.
Mas si del barranco sale
y á estos muros llega osado,
bien valdrá un soldado mio
por cinco de los contrarios.
Y si han visto las lumbreras
nuestros pueblos comarcanos
en las altas atalayas,
aquí sus fuerzas llamando,
¡ay del que necio me ofende!
¡ay de ese Conde insensato!
MELENDO. ¿Vuelvo á mi puesto?
DOÑA JUANA. Y avisa
cuanto observes; y entre tanto
(*Vase Melendo por la puerta del foro.*)
no turben nuestras faenas
las mocedades de un fátuo.
Ya es medio dia: ya es hora.

Vos preparad el despacho,
mi servidor y cronista,
el mi page, el mi notario.
Cura tu, Aldonza, ese lino
al sol que se muestra claro.
Tu de bastarda semilla
limpia los candeales granos.
Tu cierne. Tu azota y labra
la tierna masa, formando
el rubio pan, que es partido
cual nieve apretada blanco.
Y tu del florido huerto
los frutos coge tempranos,
y haz que destilen su jugo
los panales escarchados.
(*Vanse Vivaldo y las doncellas.*)

ESCENA III.

Doña JUANA y MARINA.

DOÑA JUANA. Llega, Marina. ¿Cuál es
de tus pesares la causa?
Ya no encuentro en tus mejillas
el carmin de la alborada.
MARINA. Señora...
DOÑA JUANA. Oyendo á Vivaldo
bañóse tu rostro en lágrimas.
MARINA. Es que esa historia de amores...
DOÑA JUANA. Tus sentimientos retrata.
MARINA. Yo amar...
DOÑA JUANA. Las ficciones odio.
¿Por qué de mí te recatas
que con afecto de madre
te miré desde tu infancia?
MARINA. Es verdad, señora mia,
es verdad... ¡Oh, gracias, gracias!
DOÑA JUANA. ¿Piensas que agenos dolores
mi noble pecho no amargan?

Mis vasallos te lo digan
que son mis hijos, si aciaga
la fortuna los oprime.

MARINA. Y os bendicen con el alma
como yo.

DOÑA JUANA. Vamos: valor.

MARINA. Señora... soy desgraciada.

DOÑA JUANA. ¿Por qué?

MARINA. No querais saberlo.

DOÑA JUANA. Debo no ignorarlo. ¿Amas?

MARINA. ¡Ay! amo.

DOÑA JUANA. ¿A un servidor mio?
Lo confiesas, pues lo callas.
¿Y él paga tu afecto?

MARINA. A veces
así lo sueñan mis ansias;
pero en otras... ¡ay de mi!

DOÑA JUANA. Tu afliccion mitiga y calma,
y á ociosas meditaciones
el rápido vuelo ataja.
Mucho fio en tu recato:
fia en mí tus esperanzas.
Corre á mi cuenta tu dicha.

MARINA. Casi la miro lograda.
¡Qué bálsamo delicioso
contienen vuestras palabras!

ESCENA CUARTA.

Doña JUANA y VIVALDO con cartera de despacho, de la cual irá sacando los papeles á que se hace referencia en esta escena y en la sexta.

DOÑA JUANA. Enamorado galan,
entrad, entrad en buen hora.

VIVALDO. ¿Enamorado yo?.. (¡Cielos!
¿Tal vez?.. ¡Esperanza loca!)
Si es amor...

DOÑA JUANA. Basta.

VIVALDO. (Me turbo.)

DOÑA JUANA. El despacho es lo que importa.
Relata, pues.

VIVALDO. Aquí el guarda
los daños calcula y nota
del incendio de esta noche
que el monte mejor os roba.

DOÑA JUANA. ¡Servidor es puntual!
¿Cuánta la pérdida?

VIVALDO. Monta
en árboles y ganados
seis mil castellanas doblas.

DOÑA JUANA. ¡Seis mil! ¡Gran estrago!

VIVALDO. Hazaña
que pide venganza pronta.

DOÑA JUANA. Si un vasallo me ofendiese,
viérasme á piedades sorda.
Pero un enemigo ilustre,
que su rencor desahoga
poniendo fuego á mis tierras,
merece desprecio y mofa.
¿Qué más triunfo ambicionara
que darme pena y zozobra?
¡Por un azar angustiarse
quien inmensos bienes logra,
la noble, la ricahembra
Doña Juana de Mendoza!
Sube, Conde, á esa atalaya
que las altas nubes doma;
cuanto ves es mio, cuanto
los horizontes coronan.
Y mio cuanto columbres
allá en las cimas remotas
desde la márjen del Ebro
hasta las aguas del Onza.
¿Qué huestes pusieran dique
á mi ambicion poderosa,
si trocasen mis pastores
en azagayas las hondas,
en espadas los cayados,

los sayos en férreas cotas?
De Villarta y de Foncea,
de Erramélluri señora,
de Ochánduri y de Loranco,
de mis abuelos victorias,
más que yo solo el rey tiene.

VIVALDO. (¡Y yo ni una pobre choza
que pueda decir que es mia!)

DOÑA JUANA. Tiempo y desengaño arrollan
las altiveces de un sándio.
Mi venganza al tiempo toca.
¿Qué sucede?
(*A Marina que entra por el foro.*)

ESCENA V.

Dichos y MARINA.

MARINA. Albricias dadme.
Tenemos quien nos socorra.
De Anguta y de Belforado
se acercan amigas tropas.

DOÑA JUANA. Luego que esten en el Rollo,
venga Melendo. A otra cosa.
(*Vase Marina.*)

ESCENA VI.

VIVALDO y Doña JUANA.

VIVALDO. Diezmos de Ocon. Del palacio
de Treviño últimas rentas.
Cuentas...

DOÑA JUANA. Basta ya de cuentas,
que piden calma y espacio.
¿No es mi mano pretendida
por uno y otro galan,
y en mil cartas...

VIVALDO. Aquí estan.

(Aquí estan, y yo sin vida.)

DOÑA JUANA. Responder me cumple, á ley
de cortesía.

VIVALDO. Comience
quien en gala á todos vence;
un primo hermano del rey.
En las batallas estrago,
de la corte regocijo,
don Alfonso Enriquez, hijo
del Maestre de Santiago.

DOÑA JUANA. ¿Y con tan necia arrogancia
en ultrajarme se goza,
pretendiendo á una Mendoza
un hijo vil de ganancia?

VIVALDO. Almirante es de Castilla
y le ennoblece el dosel.

DOÑA JUANA. Rompe luego ese papel
que así mi altivez humilla.

VIVALDO. Tanto rigor no se ajusta
con el dulce pecho vuestro
en ciencia y verdad maestro.
Borrad la sentencia injusta
que sume en fieras zozobras
y en mortal desesperanza,
que baldon eterno lanza
al que es hijo de sus obras.
¿Por qué la infamia, por qué?
¿Dónde hay razon que consienta
que sea jamás la afrenta
de quien la culpa no fue?
Vibre ufano el áurea palma,
suba al alto capitolio,
y aun resplandezca en el solio
el que noble tiene el alma;
el que virtudes acopia,
que ese su linaje empieza;
y es siempre mayor nobleza
que la prestada, la propia.
Con lauro propio y no ageno

brillaron, y así me fundo,
bastardo Enrique segundo,
bastardo Guzman el bueno.
Y con arrojo gallardo
¿no rindió vuestro linaje
oro y vida en vasallaje
por don Enrique el bastardo?

DOÑA JUANA. Es cierto, mas cuidad vos
que nunca fue por el hombre
con este ó el otro nombre,
fue por la imágen de Dios.
Rasga el papel.

VIVALDO. Vuestro intento
á esa imágen contradice:
ved que el Almirante dice
que el Rey quiere el casamiento.

DOÑA JUANA. Por mi natural señor,
que Dios prospere y defienda,
sacrificaré mi hacienda,
mi vida... nunca mi honor.
Rasga el billete, y prevengo
que es demás celo tan grande.
(*Vivaldo rasga el papel.*)

VIVALDO. (¡Ojalá romper me mande
cuantos en la mano tengo!)

DOÑA JUANA. No abogue mi buen notario
por osado pretendiente:
recuérdeme llanamente
sus nombres, sin comentario.

VIVALDO. De Niebla un gran capitan
merecíalo sin duelo:
todo un Guzman.

DOÑA JUANA. Fue su abuelo
aquel bastardo Guzman.

VIVALDO. El de Almazan...

DOÑA JUANA. Lindo mozo.

VIVALDO. ¿No es su estirpe?...

DOÑA JUANA. Antigua y clara.

VIVALDO. Muere...

DOÑA JUANA. Por mí.

VIVALDO. (¡Suerte avara!)

DOÑA JUANA. Pero no le apunta el bozo.

VIVALDO. La flor de los caballeros
suspira por vuestra mano,
el más valiente riojano...

DOÑA JUANA. El señor de los Cameros.

VIVALDO. A la gineta ¿quién pudo
aventajarle en pujanza?

DOÑA JUANA. Así fuera cual su lanza
su entendimiento de agudo.

VIVALDO. ¿Qué otros nombres en tal caso
decir más grandes podré?
¿Quién triunfará?

DOÑA JUANA. No lo sé.

VIVALDO. ¿Acaso ninguno?

DOÑA JUANA. Acaso.

VIVALDO. ¿Luego no sentís amor,
esa llama celestial
que alienta á todo mortal
y es su deleite mayor?
Cuando todo á amar inclina
¿por qué endurecer el pecho?
Mirad cuál labra en el techo
su nido la golondrina.
Y arden en fuego tan puro
el ave, la flor, la piedra:
ved la trepadora yedra
cómo abraza al fuerte muro.
Presta amor al cielo hermoso
luz, y perlas á la fuente;
él da triunfos al valiente,
él purifica al vicioso.
Y si es al hombre placer,
gloria, virtud, ardimiento, —
el amor es el aliento,
la vida de la mujer.

DOÑA JUANA. Cual mozo lo habeis pintado,
mas con sombras de razon.

VIVALDO. ¡Oh! si; vuestro corazon
guarda ese fuego sagrado.
Quien de ternura es modelo,
de las almas soberana,
señora sin ser tirana,
de los míseros consuelo,
árbitra de la fortuna,
y entre cien mujeres bellas
perfeccion de todas ellas,
ha de amar como ninguna.

DOÑA JUANA. ¡Eh! paso.

VIVALDO. Mas si en el mundo
á obligaros no hallan norte
riqueza, alcurnia, ni porte,
pierdo el tino y me confundo.

DOÑA JUANA. ¿No hay más que Niebla, Almazan,
ó el señor de los Cameros?

VIVALDO. (¡Ay! ¿no dicen sus luceros
que ya conoce mi afan?)

DOÑA JUANA. Mirarse puede escondida
tal vez la más bella flor.

VIVALDO. (Le he de confesar mi amor,
aunque me cueste la vida.)
De una sé.

DOÑA JUANA. ¿Digna de mí?...

VIVALDO. Entre las selvas nació.

DOÑA JUANA. ¿Y anhela?...

VIVALDO. Vuestro oro no,
vuestras perfecciones si.

DOÑA JUANA. Pláceme.

VIVALDO. Y firme batalla
por ocultar su martirio.

DOÑA JUANA. Bien.

VIVALDO. Y os ama con delirio.

DOÑA JUANA. ¿Donde ese galan se halla?

VIVALDO. Sus padres, no cortesanos,
sencillos labriegos fueron,
que nunca se enriquecieron
con sangre de sus hermanos.

Debieron á las cabañas
el candor que allí se encierra,
y la piedad á la tierra
cultivando sus entrañas.

DOÑA JUANA. Raza humilde.

VIVALDO. Generosa.

DOÑA JUANA. Pechera.

VIVALDO. Da su tesoro
por su rey y contra el moro.

DOÑA JUANA. ¡Yo de un labrador esposa!

VIVALDO. ¿No hay lauros para el pechero?

DOÑA JUANA. El mundo no quiso darlos.

VIVALDO. Mas puede el alma arrancarlos
y asombrar al mundo entero.
De ciega lealtad crisol,
puerto en borrascas seguro,
fue el Cid un soldado oscuro
y es hoy de Castilla sol.
¿Quién señaló la distancia
de plebeyos á magnates?
Necios y vanos quilates
del orgullo y la ignorancia.
Reparad que sus favores
negó el Redentor divino
al duro prócer mezquino,
y no á humildes pescadores.

DOÑA JUANA. Vivaldo, enfadoso andais.

VIVALDO. Duéleme si os enojé:
del campo mi padre fué.

DOÑA JUANA. Pero ¿aquel de quien hablais,
existe?

VIVALDO. Existe, señora.

DOÑA JUANA. (¡Pobre Marina!)

VIVALDO. (¡Valor!)

DOÑA JUANA. ¿Y sueña ese labrador
con trocarme en labradora?

VIVALDO. Os servirá tan rendido...

DOÑA JUANA. ¿Cómo se atrevió el insano,
responded, cómo un villano

miserable...

VIVALDO. (¡Estoy perdido!)

DOÑA JUANA. Oh, decid, decid quién es,
que aun le honrara mi rigor.

(Vivaldo lleno de confusion ojea varios papeles, y al encontrar con uno, aparece como sorprendido por un feliz pensamiento.)

VIVALDO. Gutierre Sotomayor,
aldeano burgalés.

(Mostrando el papel que acaba de encontrar.)

DOÑA JUANA. ¡Cuán divertido suceso!
El bueno del pretendiente
ó es como niño inocente,
ó tiene perdido el seso.
Acabemos.

VIVALDO. Ya el afan
veis de tanto insigne amante...
¿Qué anunciaré al Almirante,
al de Niebla, al de Almazan,

DOÑA JUANA. Que hoy se les responda quiero.

VIVALDO. (En crudos celos me abraso.)

DOÑA JUANA. A todos que no me caso;
ni una palabra al primero.

ESCENA VII.

— Dichos y MELENDO.

DOÑA JUANA. Vienes, Melendo, á sazon.

MELENDO. Llegó la hueste, y desea
vivamente la pelea.
Señalad el campeon
que la lleve á la victoria.

VIVALDO. (Aun espero, aun no desmayo.)
De ventura luzca un rayo
para mí. Dadme esa gloria.

DOÑA JUANA. Oh, no es el acero, en suma,

cual la pluma delicada.

Vivaldo. Señora, por vos mi espada
no ha de ceder á mi pluma.
Y no hay, por dicha lo sé,
para aspirar al trofeo,
ni escuela como el deseo,
ni valor como la fé.
Fuera que en la edad que goza
el aura de abril florido,
seguí de hierro vestido
las banderas de Mendoza.
No me levanto de aquí,
(*Doblando la rodilla.*)
si me lo habeis de negar.

Doña Juana. Id, pues.

Vivaldo. ¡Gracias! ¡A triunfar!
(*Levantándose lleno de entusiasmo.*)

Doña Juana. (¿Por qué no es igual á mí?)
(*Viéndole partir.*)

ESCENA VIII.

Doña JUANA. BELTRAN y MARINA.

Beltran. Entremos juntos los dos.
(*A Marina.*)

Marina. Beltran el del monte aguarda
vuestra venia.

Doña Juana. Que entre el guarda.

Beltran. Señora, la paz de Dios,
que si llega al fin, no tarda.
¡Malas nuevas; trance amargo!

Doña Juana. Ya lo supe.

Beltran. Sin embargo,
dar cuenta un vasallo debe
de lo que tuvo á su cargo.

Doña Juana. Habla, pues, pero sé breve.

Beltran. Mano de traidor no es lerda,
y es natural que la cuerda

por lo más delgado quiebre;
y allí donde no se acuerda
es donde salta la liebre.

DOÑA JUANA. Las digresiones eluda
el buen guarda, ó no le escucho.

MARINA. Tio...

BELTRAN. Y vale más sin duda
aquel á quien Dios ayuda
que aquel que madruga mucho.
Dormia yo á pierna suelta,
cuando oigo confuso estruendo;
al campo salgo corriendo,
y hallo á mi gente revuelta
porque el monte estaba ardiendo.
«Helos allí» todos gritan;
del incendio á los reflejos
armas distingo á lo lejos,
y á luchar se precipitan
pastores mozos y viejos.
Sin muro que los esconda
principio dan á la fiesta,
y en el momento contesta
al zumbido de la honda
el silvar de la ballesta.
Mas ya el contrario encubierto
por los picos de un barranco,
vuelvo á los mios, y advierto
que cuál ha quedado tuerto,
cojo el uno, el otro manco.

DOÑA JUANA. Hoy darán mis campeones
castigo á esa turba odiosa.

BELTRAN. ¿Las armas? ¡Buenas razones!
¿No os pretenden por esposa
multitud de señorones?
Pues dad á vuestros estados
quien sombra y vigor les preste.

DOÑA JUANA. (La ignorancia engendra osados.)
Descuida. Por brava hueste
serémos pronto vengados. (*Vase.*)

ESCENA IX.

BELTRAN y MARINA.

BELTRAN. ¡Vengados! Al asno muerto...
y callo lo demás.

MARINA. Tio,
ese vuestro afan...

BELTRAN. Sí; cierto:
es predicar en desierto,
machacar en hierro frio.
Familia en que no hay varon
que la escude con la ley
de la fuerza y la razon,
es como pueblo sin rey.

MARINA. Tiene el ama otra opinion.

BELTRAN. No habrá asi quien la defienda
ni quien respete su hacienda;
y vendrán con fiero estrago,
ya el insulto, ya el amago,
ya la ruinosa contienda.
Verás que vuelven á ser
nuestras fiestas batallar,
nuestro amor aborrecer,
nuestro descanso velar,
maldecir nuestro placer.
¡Arma, arma!—¿Quién los vió?—
Pocos vienen.—Muchos ví.—
Por aquí.—No, por allí.—
Que llegan.—Que sí.—Que no.—
Que embisten.—Que no.—Que si.
En cuanto la vista abarca
el campo se encuentra rojo.
Por cama seco rastrojo;
el agua de inmunda charca;
siempre el enemigo al ojo.
El grande zurra al pequeño;
tu corres, yo me despeño,
mueren mil y uno se salva;

tambores durante el sueño,
trompetas antes del alba.
Y sigue la atroz pelea,
de nuevo la sangre humea,
y cien más pierden la vida:
si esto es cosa divertida,
que baje Dios y lo vea.

MARINA. Ageno al temor su pecho,
si ya ha dicho no me caso,
dicho está.

BELTRAN. Del dicho al hecho
hay, sobrina, mucho trecho.

MARINA. Para el ama hay solo un paso.

BELTRAN. De esta agua no beberé
no diga nadie en el mundo:
oye, y te convenceré.

MARINA. ¿Es cuento?

BELTRAN. Cuento es á fé.

MARINA. ¿Y él lo prueba?

BELTRAN. En él me fundo.
Es historia bien sucinta.
Gil Baile, pobre primero,
y despues rico heredero,
en la puerta de su quinta
fijó altivo este letrero.
«Desde un rio al otro rio
todo cuanto existe es mio;
mio el frontero encinar:
y lo que me ha de matar,
no es hambre, ni sed, ni frio.»
De caza una vez salió,
y un tropezon ó un calambre
á una sima le arrojó;
y allí el infeliz murió
de sed, de frio y de hambre.

MARINA. A Dios castigarle plugo.

BELTRAN. Yo al ama impondré mi yugo,
y la casaré, que el cobre
se bate á golpes, y pobre

pertinaz saca mendrugo.
Y tambien á ti, lucero,
buscarte marido quiero.

MARINA. Soy muy niña.

BELTRAN. No á mi ver,
que juventud de mujer,
es como sol de febrero.
Deja que á mis anchas obre.
Tú rechazaste á Matico.

MARINA. Por feo.

BELTRAN. A Blas.

MARINA. Por borrico.

BELTRAN. A Sancho.

MARINA. Porque era pobre.

BELTRAN. ¿Y á Fortun?

MARINA. Porque era rico.

BELTRAN. Quiero arreglar sin demora
esta casa, y por alguno
fuerza es decidirse ahora.

MARINA. Ya me decidi por uno.

BELTRAN. ¿Cuál?

MARINA. Silencio: la señora.

ESCENA X.

Dichos y doña JUANA.

DOÑA JUANA. (Tiemblo por él.) ¿Aun aqui?
(*Reparando en Beltran.*)

BELTRAN. ¿Al monte á qué he de tornar?

DOÑA JUANA. Aquí te puedes quedar
cuidando del parque.

BELTRAN. Así
siempre os dé el cielo que dar.
(*Vanse Beltran y Marina.*)

ESCENA XI.

Doña JUANA. Despues un Escudero.

DOÑA JUANA. Bien le sienta la armadura,
bien rige el tordo bridon
lleno de marcial bravura.
¡Ser de condicion oscura,
con tan noble corazon!
¡Y si en la contienda airada
le vence más diestra espada!...
Arrostra la muerte allí.
Mas, en verdad, que me agrada
que vaya á luchar por mí.
ESCUDERO. Un page del rey, licencia
pide en su nombre.
DOÑA JUANA. Que espere
un instante... El rey lo quiere,
condúcele á mi presencia.

ESCENA XII.

Doña JUANA y un page.

PAGE. Dadme á besar vuestros pies.
(¡Qué sin igual bizarria!)
DOÑA JUANA. Hanme dicho que os envia...
PAGE. El rey mi amo.
DOÑA JUANA. Habla pues.
PAGE. (Esperanzas, alentad.)
Es el querer soberano
que esta carta en propia mano
os entregue.
DOÑA JUANA. A ver.
PAGE. Tomad.
DOÑA JUANA. ¿Y respuesta aguarda el paje?
PAGE. No he de volverme sin ella.
DOÑA JUANA. Dice así.
PAGE. (¡Por Dios que es bella!)

DOÑA JUANA. (¡Por Dios que es lindo mensaje!)
(*Lée.*)
«Si en valle desierto sus galas humilla
á todos oculta la rosa fragrante,
quien es en virtudes blason de Castilla
mi corte ennoblezca, sus glorias levante.
Y á más, recordando que al sumo imperante
los fuertes Mendozas sirvieron á ley,
esposa vos fago del noble Almirante,
del gran don Alfonso, mi primo.=Yo el Rey.»
Más vale tomarlo á fiesta.
¡Oiga! ¡El Rey casamentero!

PAGE. Vuestras órdenes espero.

DOÑA JUANA. Vete.

PAGE. No sin la repuesta
que está aguardando anhelante.

DOÑA JUANA. Yo haré que á sus manos llegue.

PAGE. Dejad que en su nombre os ruegue
no diferirla un instante.

DOÑA JUANA. Ya me enojas.

PAGE. Con razon
atrevido os parecí,
mas sirvo á mi dueño así
y sirvo á mi corazon:
que en el Almirante fio
la amistad más verdadera,
tal, que su contento fuera
tambien el contento mio.

DOÑA JUANA. (¡Y debo al sólio real
tan inmerecida ofensa!)

PAGE. (Mucho, vive Dios, lo piensa.)
¿Me dais respuesta?

DOÑA JUANA. Si tal.

PAGE. ¿Les diré?...

DOÑA JUANA. Que yo te he dicho
que ha de hacerse un casamiento
por propio convencimiento,
no por ageno capricho;
y que es fuerza que frustradas

queden hoy sus pretensiones,
por estas.... y otras razones
que estimo para calladas.

PAGE. Olvidais que á ese galan
hizo próspero destino
del rey difunto sobrino,
y primo del rey don Juan.
Y si esto solo pregona
los timbres de su hidalguía,
no son de menos valía
las prendas de su persona.
Si sabe ó no combatir
puede Aljubarrota hablar,
do cien lanzas fue á quebrar.

DOÑA JUANA. Donde no supo morir.
Sin rendir el fuerte acero
allí mi esposo cayó,
y mi padre allí murió
salvando á don Juan primero.

PAGE. Acabemos de una vez.
¿Qué respondo?

DOÑA JUANA. ¿Aun perseveras?
Que han de ser más duraderas
las tocas de la viudez.

PAGE. Así al Rey no satisfago.

DOÑA JUANA. Ya la plática es prolija:
dile entonces, que soy hija
del señor de Hita y Buitrago.

PAGE. Bien sabeis que no lo ignora.

DOÑA JUANA. Pues si ya á olvidarlo empieza,
añade que mi nobleza
es más limpia que la aurora.
Que el blason que ileso guardo
no manchará humana ley.

PAGE. Un primo suyo os da el Rey.

DOÑA JUANA. Que es el hijo de un bastardo.

PAGE. ¡Oh!...

DOÑA JUANA. Jamás sobre mi escudo
caerá tan negro borron.

Esta es mi contestacion
al que imaginarlo pudo.

PAGE. ¡ Tal oigo !

DOÑA JUANA. ¡ El nombre manchar
que heredé de mis abuelos !...
¡ Oh nunca !

PAGE. ¡ Viven los cielos !
¡ Y no me puedo vengar !

DOÑA JUANA. ¿ Me amenazas? ¡ Qué insolencia!...
Porque el monarca te envia
tienes lengua todavia
para hablar en mi presencia.
Vuela á cumplir tu mensaje
á mi decoro ofensivo ;
huye , que mi pecho altivo
enciéndese de coraje.
Y el hombre á quien sirves fiel,
y con su empeño me ultraja,
sepa que no se rebaja
la Ricahembra hasta él.
¡ Unir su sangre á la mia
y un bastardo le enjendró !...
¡ Y él mismo tambien nació
con sello de bastardía!

PAGE. ¡ Basta ya !

DOÑA JUANA. Con torpe mengua
su padre á Dios consagrado,
los votos rompió malvado :
¿ y por quién ?...

PAGE. ¡ Tened la lengua !

DOÑA JUANA. Y de aquella union impía
brotando el retoño odioso
el padre fue un religioso ,
fue la madre una judia.

PAGE. Mentira.
(*Dale un bofeton* (1). (*Pausa.*)

DOÑA JUANA. ¡ Oh ! ¿ Será verdad ?

(1) Véanse las notas.

¿Tu mano en mi rostro?... Si,
que aun la siento impresa aquí.
Ola, mis guardias, llegad.
(*Asomándose á la puerta del foro, y gritando. Aparecen en ella guardias y pajes.*)

PAGE. Sobrado tiempo me humilla
este disfraz en que estoy:
don Alfonso Enriquez soy,
almirante de Castilla.

DOÑA JUANA. Temed todos mi furor
si del muro alguien saliere.
(*A los guardias.*)
Que en mi cámara me espere
decid á mi confesor.
(*A los pajes.*)
Ved que nunca fuerza ha sido
tan exacto cumplimiento.
(*A los guardias y pajes, que se retiran.*)

DON ALFONSO. ¿Qué es lo que intentais?
(*Despues de batallar con mil dudas, en la mayor agitacion.*)

DOÑA JUANA. ¿Qué intento?
Que vais á ser mi marido.

DON ALFONSO. ¡Cielos!

DOÑA JUANA. Sin ningun retardo,
antes de que á nadie hableis.

DON ALFONSO. Señora ved lo que haceis;
recordad que soy bastardo.

DOÑA JUANA. ¿Tu maldad que mi honra empaña,
límites no reconoce?
¡Justo es que así te alboroce
tan digna, tan noble hazaña!
Pero si á mis pies te postro
y hago que tu sangre corra,
con tu sangre no se borra
esta mancha de mi rostro.
A ser tu esposa me allano;
mas nadie dirá atrevido,

que quien no fue mi marido
puso en mi rostro la mano.

ESCENA XIII.

Dichos. VIVALDO, MELENDO, BELTRAN y MARINA. Soldados que permanecen en el fondo.

VIVALDO. ¡Por nosotros la jornada!
DOÑA JUANA. ¿Qué buscas, dime; qué es ello?
VIVALDO. Se entrega el conde don Tello.
DOÑA JUANA. No estoy en mi.
VIVALDO. Ved su espada.
(*Presentando una.*)
DOÑA JUANA. ¡Herido tú!
VIVALDO. Allá en la linde
de los pomares le acoso,
y con ánimo hazañoso
mi gente á la suya rinde.
¡Del cielo ha sido milagro!
DOÑA JUANA. Vivaldo, ¿es grave tu herida?
MELENDO. Debo á su valor mi vida:
por siempre se la consagro.
DOÑA JUANA. ¿Qué más venturas anhelo?
(*Con amarga expresion.*)
¡Hoy triunfo de mi enemigo,
y á nuevo enlace me obligo!
(*Extrañeza en todos.*)
Con el Almirante.
(*Mostrándolo á todos.*)
VIVALDO. (¡Cielo!)
(*Despues de una gran pausa, dirigiéndose respetuosamente á doña Juana.*)
¡A la coyunda de amor
cede al fin la mujer fuerte!
(*Reprimiendo apenas su despecho.*)
DOÑA JUANA. Es más fuerte que la muerte
el imperio del honor.
DON ALFONSO. Si os ultrajé, perdonar

ya os cumple mi arrojo insano.
Dadme á besar vuestra mano.

DOÑA JUANA. Os la daré..... en el altar.

BELTRAN. ¡Ha de Gil Baile!

VIVALDO. (¡Ay de mí!)

BELTRAN. Aplica el adagio ahora.
(*A Marina.*)
Hoy se casa la señora;
mañana te caso á tí.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Adarves de la casa fuerte de los Mendozas. A la izquierda la fachada principal y torres de la fortaleza. A la derecha dos cubos elevados. Por el fondo se descubre una amena campiña.

ESCENA I.

Don ALFONSO, que figura contemplar un caballo. BELTRAN aderezando varias armas. Algunos pajes atraviesan la escena con aprestos bélicos.

BELTRAN. Es, señor, única y sola
tan linda estampa de bruto.

DON ALFONSO. Lleno el pecho, el brazo enjuto,
pomposa y luenga la cola.
Erguidos el cuello y frente,
vivo el ojo y perspicaz,
corta oreja y nunca en paz
al menor rumor que siente.

BELTRAN. Cree de marcial contienda
escuchar el ruido bronco.

DON ALFONSO. Mírale doblar el tronco
donde está fija la rienda.

BELTRAN. Va á ser, juro por Beltran,
más nombrado que el del Cid.

DON ALFONSO. Anhelo entrar en la lid
con tan brioso alazan.

BELTRAN. ¡Oh, cuál prueba el duro callo
en la piedra resonante!

DON ALFONSO. Un tesoro no es bastante
á pagarme este caballo.
Por más que el bosque revuelva
sus ramos, y su agua el rio,
cruza con el mismo brio
el ancho cauce y la selva,

No pudo cosa jamás
torcer su curso violento;
al competir con el viento,
el viento se deja atrás;
y aunque truene la bombarda
lanzando encendida piedra,
ni el estrépito le arredra,
ni el peligro le acobarda.

BELTRAN. Prodigios que es dado hacer
al emplasto de Galeno.

DON ALFONSO. ¿Cómo?

BELTRAN. Al látigo y al freno,
que hacen santa á la mujer.
En antojos de una niña
necio el hombre su honra puso,
ya que es fuerza andar al uso
que el miedo guarde la viña.
Yo sé que si á una beldad
ronda un mancebo moscon,
es siempre por devocion
y nunca por santidad.

DON ALFONSO. Si ella es honrada....

BELTRAN. Al más lego
ya no le asusta un desden,
puesto que sabe muy bien
lo de la estopa y el fuego.
Sabe que tiene del rayo
la fuerza el maldito amor,
y que hace al siervo señor
y al señor trueca en lacayo.
Como son dos al mohino....
como en nadie hay que fiar....
guárdate si ves pelar
las barbas de tu vecino.

DON ALFONSO. En murmurar se te pasa
la vida.

BELTRAN. Es cosa resuelta,
que hay quien duerme á pierna suelta,
y se está ardiendo su casa.

DON ALFONSO. Habla más claro Beltran.
BELTRAN. Aludo al viejo Lorente,
cuya hija burló inclemente
un ocioso perillan.
DON ALFONSO. (¡Qué locura!) (*Luchando consigo mismo.*)
BELTRAN. No es estraño....
gente al fin de poco lastre;
y ya veis que no es mal sastre
aquel que conoce el paño.
Mas con todas á mi ver
Satanás se comunica:
tonta ó cuerda, pobre ó rica,
la menos mala, es mujer.
Por eso en toda ocasion
cuando una sale bellaca,
la mejor razon la estaca
para ponerla en razon.
DON ALFONSO. Mal las tratas. ¿Qué te han hecho?
BELTRAN. Como es arisco animal
siempre quien lo trate mal
sacará mejor provecho.
¡De ello tengo pruebas hartas!
Vos pretendisteis en vano
de mi señora la mano
en mil comedidas cartas.
Despues, segun he sabido,
caminásteis de otra suerte....
No hay cosa como hablar fuerte
para sacar buen partido.
DON ALFONSO. ¿Qué dices?
(*Sobresaltado.*)
BELTRAN. Alguien oyó....
DON ALFONSO. ¿Qué?
BELTRAN. Las voces.
DON ALFONSO. ¿Nada más?
BELTRAN. ¿Qué más hubo?
DON ALFONSO. Necio estás.
Mi afecto la cautivó.
BELTRAN. Oh, fueran cuál la señora?

las hembras de este lugar.
Merece el ama un altar.

DON ALFONSO. Dices bien.

BELTRAN. ¿Quién no la adora?
Cierto, que alguno tambien
de sus bondades abusa.
Lo que se usa no se excusa

DON ALFONSO. ¿Quién abusa?

BELTRAN. Alguno.

DON ALFONSO. ¿Quién?

BELTRAN. No espere buen aguinaldo,
que al fin y al cabo....

DON ALFONSO. Su nombre.

BELTRAN. Fuera de ello es todo un hombre.

DON ALFONSO. Si: Melendo.

BELTRAN. No: Vivaldo.
Solo priva con el ama.
Y de ella jamás se cura
cuando le ama con locura.

DON ALFONSO. ¡Ella!

BELTRAN. Si señor, le ama.
Llora la infeliz, ¡cruel!...
y él lo sabe, y su querella
desoye.

DON ALFONSO. ¿Quién llora?

BELTRAN. Ella.

DON ALFONSO. ¿Quién es ella? ¿Quién es él?
(*Con gran impaciencia.*)

BELTRAN. No merece tal desprecio:
en pensarlo me sofoco.

DON ALFONSO. Tu me estás volviendo loco.
Eres pesado.

BELTRAN. Él un necio.

DON ALFONSO. (La paciencia se me acaba.)
Que sepa yo quien se aflije,
ó juro....

BELTRAN. ¿Pues no lo dije?
Marina.

DON ALFONSO. (Por otra hablaba.)

BELTRAN. ¿Pues quién ha de ser? Marina.
DON ALFONSO. ¿Con qué mi buen secretario?..
BELTRAN. Si señor: es necesario
casarle con mi sobrina.
DON ALFONSO. Se casará.
(*Como tomando una resolucion*.)
BELTRAN. No es tan óbvio.
DON ALFONSO. Un gran dote...
BELTRAN. Soy un zote.
¡Oh, sobrina! Con buen dote
no hay una mujer sin novio.
Vuelo á decirles, señor,
nueva tan grata.
DON ALFONSO. En buen hora.
BELTRAN. ¡Vivaldo una protectora,
y Marina un protector!
(*Entrase en el castillo, á tiempo que uno de los pajes que cruzan la escena, recoje las armas que aquel estaba aderezando al comenzar el acto, y se las lleva por la derecha.*)

ESCENA II.

DON ALFONSO.

¿Por qué su lenguaje estraño
me conturba de tal modo?
Todo cuanto escucho, todo
recelo que es en mi daño.
¡Cielo! ¿Y me han de separar
hoy de mi esposa adorada?
¿No pudiera sin mi espada
el Rey en la lid triunfar?
Sin razon desconfié.—
De Vivaldo la tristeza,
su despego, su aspereza
para conmigo, ¿por qué
han de infundirme recelos?

¿No puede en su corazon
dominar otra pasion?
¡Malditos, malditos celos!
Pero él se acerca.

ESCENA III.

DON ALFONSO y VIVALDO.

VIVALDO. (¡Él aquí!)
DON ALFONSO. (¡Si yo averiguar pudiera!...)
VIVALDO. (¡Oh! su presencia me altera.)
DON ALFONSO. ¡Parece que huyes de mí!
¿Qué tienes? ¿Por qué te veo
siempre adusto y pensativo?
VIVALDO. (Este celo intempestivo...
¿Sospecha de mí?)
DON ALFONSO. Deseo
saber de tu pesadumbre
la causa. ¿Qué te suspende?
Habla.
VIVALDO. (Esplorarme pretende.
Fuerza es que yo le deslumbre.)
Ya os hubiera contestado,
mas temo indiscreto ser.
DON ALFONSO. Discreto es obedecer.
VIVALDO. Pues bien: nací desdichado.
DON ALFONSO. Quien de la suerte murmura
su debilidad publica.
VIVALDO. Mas, ved...
DON ALFONSO. Cada cual fabrica
su buena ó mala ventura.
VIVALDO. Juntos ganan la victoria
el capitan y el soldado:
el uno muere olvidado,
el otro vive en la historia.
DON ALFONSO. Lo que á la dicha conviene
no es un renombre glorioso:
con su honra vive dichoso

el que sabe que la tiene.

VIVALDO. Nada injusto he codiciado.

DON ALFONSO. Pero ¿qué te falta?

VIVALDO. Un nombre

Tengo valor, y no es hombre
quien no mejora su estado.

DON ALFONSO. Que eres ambicioso ó loco
me hace creer lo que escucho.

VIVALDO. Solo sé que aspiro á mucho
y que siempre alcanzo poco.

DON ALFONSO. (Clara su ambicion se vé.)
No basta la voluntad
para elevarse.

VIVALDO. Es verdad:
yo presentar no podré
armas en piedra esculpidas;
pero sí abolladas cotas,
lanzas y banderas rotas,
y un pecho lleno de heridas.

DON ALFONSO. (Desde que oyéndole estoy,
á su valor me aficiono.)
Algo tienes en tu abono.

VIVALDO. Obra es mia cuanto soy.

DON ALFONSO. Bien sé que pobres ó ricos,
de humildes ó excelsos nombres,
no son de cerca los hombres
ni tan grandes, ni tan chicos.
Mas no ansíe tu altivez
trocar la choza en palacio:
bien cruza el ave el espacio;
bien nada en la mar el pez.

VIVALDO. ¿Alguna vez no acontece
que en los trances de la vida,
se achica el grande á medida
que el pequeño se engrandece?

DON ALFONSO. Digna es de ser bien pagada
cualquier insigne proeza;
más vale adquirir nobleza,
que corromper la heredada.

VIVALDO. Pero, ¡en cuántas ocasiones
premio la virtud no cobra!
¡Y en cuántas la dicha es obra
del oro y de los blasones!
DON ALFONSO. ¡Delirios de la ambicion!
VIVALDO. En el mundo, por desdoro,
vence á la virtud el oro,
vence un nombre á un corazon.
DON ALFONSO. (Por mí habló. ¡Villano exceso!)
VIVALDO. (Vive Dios que me declaro.)
DON ALFONSO. ¿A un corazon?... (¡Qué descaro!)
¿El oro?... ¿Un nombre? No es eso.
Es que la soberbia loca
de escalar el cielo trata,
y en injurias se desata
cuando su impotencia toca.
Es que la dicha que sueñas,
no es tu dicha. Tiende el vuelo:
procura escalar el cielo.
¡Ay de ti si te despeñas!
VIVALDO. Señor...
DON ALFONSO. Basta. (Ya ¿qué puedo
dudar?)
VIVALDO. Ved...
DON ALFONSO. El labio sella.
(¿Y he de dejarle con ella?
¿Y he de partir?—No, me quedo.)
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

VIVALDO.

Muy torpe anduve. El despecho
me ha vendido. Sus enojos
me descubren claramente
que está de mí receloso.
¿Qué hacer? ¿Olvidar? ¿Fingir?
¡Oh! mi empresa no abandono.

ESCENA V.

VIVALDO y MARINA.

MARINA. (Allí está. ¡Pues: como siempre!
Mal hayan sus soliloquios.
¿Pensará en mí? ¡Qué locura!
Debiera tenerle odio
y rabia; pero tras él
ciega y desalada corro.)
VIVALDO. (Ya no es fácil disuadirle.
¡Si yo descubriese el modo!...
(*Reparando en Marina, y como iluminado por una repentina idea.*)
¡Ah! sí!)— Marina...
MARINA. (Me vió,
y hablarle será forzoso.)
¿Me llamabas?
VIVALDO. Sí.
MARINA. ¿Qué quieres?
VIVALDO. (¿Y la he de engañar? ¡Qué oprobio!)
(*Momentos de silencio.*)
MARINA. (Pues señor, ¡estamos bien!)
(*Con despecho, aparentando irse.*)
Vivaldo, adios.
VIVALDO. Poco á poco,
(*Con artificiosa dulzura.*)
¿No sabes que eres muy linda?
MARINA. Quién te lo ha dicho?
VIVALDO. Mis ojos.
MARINA. ¿Y cuando?
VIVALDO. Al punto que vieron
tener envidia á tu rostro
las rosas y los claveles
que esmaltan esos arroyos.
Eres muy linda.
MARINA. Habla quedo,
no escuche tales piropos
quien lo sienta.

VIVALDO. ¿Quién?
MARINA. La bella
que turba asi tu reposo.
VIVALDO. Es verdad; pudiera oirme:
no está lejos de nosotros.
MARINA. ¿Vive en el castillo?
VIVALDO. Aquí...
en mi pecho.
MARINA. ¿La conozco?
VIVALDO. La conoces.
MARINA. ¿Mucho?
VIVALDO. Mucho.
MARINA. ¿Y es su nombre?...
VIVALDO. No la nombro.
MARINA. ¿Te has declarado?
VIVALDO. Jamás.
MARINA. ¿Pues qué temes?
VIVALDO. Sus enojos.
MARINA. Haz por llamar á la puerta.
VIVALDO. ¿Y si es el portero sordo?
MARINA. Pruébalo á ver.
VIVALDO. No me atrevo.
Todos los medios agoto
y...
MARINA. Cuando una mujer ama
se lo conoce el más bobo.
VIVALDO. ¿En qué?
MARINA. Se conoce...
VIVALDO. ¿En qué?
MARINA. A la legua... Si es notorio.
¿Pues no se ha de adivinar?
VIVALDO. ¿En qué se adivina?
MARINA. En todo.
Dime tú cómo se llama,
y verás si al punto logro
conocerlo.
VIVALDO. Será en vano.
Ella sabe que la adoro,
y finge ignorarlo.

MARINA. Que ella
hable primero, no es propio.
VIVALDO. Dios querrá que me declare.
MARINA. Amen.
VIVALDO Amen.
MARINA. Ten arrojo.
VIVALDO. Pues bien: sè llama... Alguien viene.
MARINA. Di...
VIVALDO. Marina... adios.
(*Estrechando su mano con entusiasmo aparente, y dando á sus palabras un sentido equívoco.*)
MARINA. (¡Oh gozo!)
VIVALDO. (¡Mi estrella así lo dispone!
Esto es indigno, alevoso.)

ESCENA VI.

Dichos, doña JUANA y BELTRAN.

Vivaldo se dirige hácia el fondo, donde se encuentra con doña Juana que le detiene.

MARINA. ¡Marina, Marina, ha dicho!
BELTRAN. Tenemos dote y no flojo.
MARINA. Vivaldo...
BELTRAN. Te ama. ¡Quién duda!
MARINA. Se ha declarado.
BELTRAN. ¡Ah, buen mozo!
Miel sobre ojuelas: en tanto
que piensa el cuerdo, obra el loco.
¡Picarilla! Oros son triunfos.
Te protege don Alfonso.
¿Qué tal? ¿Lo entiendo? Hoy sin fal
escritura y matrimonio.
Yo te domaré, Vivaldo.
(*Viendo llegar á Vivaldo.*)
¡Cualquier mujer ya es negocio!
Si rica, un áspid; si pobre,

aburrimiento y estorvo;
si hermosa, recelo y susto;
si fea, tedio y bochorno.
(*Doña Juana y Vivaldo bajan al prosce-nio.*)

BELTRAN. Vengan esos cinco, y vengan
(*A Vivaldo.*)
ambas manos. Lo sé todo.
(*Con misterio.*)
Hemos de hacer buenas migas;
hemos...

DOÑA JUANA. Beltran, ¿qué alborozo?..

BELTRAN. No pueden estar ocultos
la dicha, el amor, ni el oro.

DOÑA JUANA. Cuéntame.
(*Marina hace señas á su tio para que calle.*)

BELTRAN. ¿A qué son misterios?
Caso hoy mismo este pimpollo.

DOÑA JUANA. ¡Marina, tanta reserva!...
¿Y dónde bueno está el novio?

BELTRAN. Ambos cónyuges presentes.

DOÑA JUANA. ¿Tú?
(*A Vivaldo.*)

VIVALDO. (Merezco tal sonrojo.)

DOÑA JUANA. Muy bien, señor desposado.

VIVALDO. Burlas de Beltran.

MARINA. (¡Qué oigo!)

VIVALDO. Siempre decidor y alegre.

MARINA. (¡Ay de mi!)

BELTRAN. Cuentos no forjo.

VIVALDO. Pero...

DOÑA JUANA. Tu eleccion aplaudo.
(*A Vivaldo.*)

BELTRAN. Se ha declarado hace poco.
(*Dirigiéndose resuelto á doña Juana.*)

MARINA. Mas no con todas sus letras.
(*Bajo á Beltran.*)

BELTRAN. ¡Qué letras, ni qué demonio! (*A Marina.*)

El hombre por la palabra...
(*A Vivaldo.*)

DOÑA JUANA. Pensad en ser venturosos,

VIVALDO. ¡Yo feliz! ¡Ay, no me entiende
nunca la mujer que adoro!
Mísera yedra caida,
busco en vano el verde tronco

DOÑA JUANA. Ella te quiere.

VIVALDO. (¿Qué dice?)

MARINA. (Por mi mal.)

BELTRAN. Eres un topo.
(*A Vivaldo.*)

DOÑA JUANA. ¿No es cierto?
(*A Marina.*)

BELTRAN. Lleva gran dote.
(*A Vivaldo, reservada y enfáticamente.*)

DOÑA JUANA. ¡Hoy le llamarás tu esposo!
(*A Marina, con noble satisfaccion.*)

VIVALDO. (¿Qué hacer?)

BELTRAN. Piedra movediza
(*A Vivaldo, impaciente.*)
nunca se cubre de moho.

MARINA. (¡Crédula de mí!) Termine
ya, señora, este coloquio.
Burla que suena á verdad,
es fiera burla.

DOÑA JUANA. ¿Pues cómo?

MARINA. Ni me quiere, ni le quiero:
(*Violentándose.*)
dos buenos amigos somos.
¡Ah, señora! ¡Él á mi mano
aspirar! Ni por asomo.
¿Quién á rústica villana
se unirá en pobre consorcio
cuando frenético ansíe
ceñir laureles heróicos?
¿Cómo ha de agitar el bieldo,
pudiendo lanzar bohordos;
ni seguir con el arado

tras los bueyes perezosos?
Quien de acero el pecho viste,
desdeñará el sayo tosco;
no ha de preferir la aldea
á ser de la corte asombro.
¿Cómo en humilde cabaña
podrá cifrar su tesoro,
y en honesta labradora,
y en infantiles sollozos?
Siga otro rumbo Vivaldo:
yo su ventura ambiciono.
Siempre en él veré un amigo.

BELTRAN. (¡Qué buen amigo es el lobo!)

DOÑA JUANA. Mis hijos, no me oculteis
un afecto que no ignoro,
que yo no estraño, que apruebo
y en el que ufana me gozo.
¡Oh, tu deliras! Vivaldo
rinde constantes elogios
á pastoriles albergues,
no á soberbios capitolios.
Más precia ver en tus manos
de blanco vellon los copos,
que esmeraldas y diamantes
cercados de perlas y oro.
Más precia que áulica pompa
la hermosura de tu rostro,
la inocencia de tu pecho,
la modestia de tus ojos.
El fuego de casto amor
en bálsamos deleitosos
baña el alma, y la engrandece,
y el cielo nos abre próvido.
La senda de la virtud
es de rosas, no de abrojos.

VIVALDO. ¿Quién no os ama con delirio?

BELTRAN. Como un rapazuelo lloro.

VOCES DENTRO. La hemos de ver.

OTRAS. ¿Dónde está?

OTRAS.	La hemos de ver.
DOÑA JUANA.	¿Qué alboroto?
BELTRAN.	Son mis labriegos del monte, ciegos, mancos, tuertos, cojos. El señor, por gente inútil, los planta en la calle á todos.

ESCENA VII.

Dichos. Turba de labriegos ancianos y lisiados, que vienen por el foro. Despues DON ALFONSO.

LABRIEGO 1.º	¡Piedad!
LABRIEGO 2.º	¡Compasion!
LABRIEGO 3.º	¡Piedad!
LABRIEGO 1.º	Cortando del monte el fuego quedé manco....
LABRIEGO 2.º	Quedé ciego.
LABRIEGO 1.º	Es mucha inhumanidad así arrojarnos de casa.
LABRIEGO 2.º	Yo serví mientras podia.
DOÑA JUANA.	¿Y os echa?...
VARIOS.	El amo.
DOÑA JUANA.	A fe mia, que os iréis luego.
DON ALFONSO.	¿Qué pasa? (*Entrando.*)
DOÑA JUANA.	Son los mozos que despides. (*Con recato.*)
DON ALFONSO.	Ninguno puede servir; y si tardan en salir....
DOÑA JUANA.	Jamás quien eres olvides.
LABRIEGO 1.º	Ved que es vuestro el señorío, (*A doña Juana.*) y que gobernais mejor.
DOÑA JUANA.	Aquí no hay más que un señor, y ese señor es el mio.
LABRIEGO 1.º	Desque vino, á cada hora....
DOÑA JUANA.	Ninguno se me desmande.

¿Quién hizo todo lo grande?

VARIOS. Vos.

LABRIEGO 2.º Sola vos.

LABRIEGO 1.º Vos, señora.

DOÑA JUANA. ¿Quién labra, zagal intonso,
la iglesia, el puente, los muros,
para que vivais seguros?
Don Alfonso, don Alfonso.
(*Murmullos entre los labriegos.*)
¿Qué murmurais? Sin razon
venís, y he de castigallo.

VARIOS. No.
(*Desconcertados.*)

OTROS. No.

DOÑA JUANA. Enmudezca el vasallo.
(*A la turba.*)
Y hable tu buen corazon.
(*Aparte á don Alfonso.*)
Quédense todos aquí.
De tu amor lo solicito.

DON ALFONSO. ¿Para qué los necesito?

DOÑA JUANA. Te necesitan á tí.
(*Vuelve á los labriegos.*)
¡Oh, cuán generoso, vedle!
Te da ganado. (*Al 1.º*) A ti hacienda. (*Al 2.º*)
Los pomares os arrienda.
(*A un grupo.*)
Vuestro es el monte: rompedle.
(*A los más.*)
(*Los labriegos se adelantan hácia don Alfonso, y se prosternan ante él.*)

VARIOS. ¡Oh, señor!

DON ALFONSO. (¡Esta mujer!...)

BELTRAN. Basta ya de cortesía.
(*Separándolos.*)

DOÑA JUANA. ¿Quereis más?

BELTRAN. ¡Bueno estaria!
¿Qué más han de pretender?

LABRIEGO 1.º Señora, yo voy contento;

pero en fin, es necesario
que me deis tambien salario.

BELTRAN. Yo te daré.... con un cuento.
(*Agarrándole por el brazo.*)
Jadeando, en el rigor
de julio, entre ardientes breñas.
envuelto en polvo y sudor,
iba un triste segador,
de mi pueblo, por mas señas.
Por el camino venia
con su recua un traginante,
y al que á lástima movia
le grita con buen talante:
«Monta esa caballería.»
Sube el otro, alienta, y cuando
sobre el aparejo blando
se contempla caballero,
volviéndose al arriero
le dice: «¿Y qué voy ganando?»

DOÑA JUANA. Ya mirais cómo se apiada
el señor de vuestra cuita:
del duro trabajo os quita,
y os da vejez descansada.

LABRIEGO 2.º Con mi sangre no le pago.

LABRIEGO. 1.º Mil lauros coja en la lid.

DOÑA JUANA. Sus banderas despedid
hasta las cumbres de Ayago.
(*Vanse por la derecha.*)

ESCENA VIII.

Don ALFONSO y Doña JUANA.

DON ALFONSO. Id con Dios.

DOÑA JUANA. Oyeme, Alfonso.
De tu consejo y prudencia
reclamo ayuda.

DON ALFONSO. Habla al punto.

DOÑA JUANA. Que me inspirases quisiera

para salvar á Ramiro.
DON ALFONSO. ¿Aquel que las canas huella
del viejo Lorente?
DOÑA JUANA. Debo
juzgarle.
DON ALFONSO. Y calla mi lengua:
que al hombre aconseja el hombre,
y al juez solo su conciencia.
DOÑA JUANA. Cuerdo aviso, y yo le acato.
Ahora bien, díme si ordenas
que á nadie entrar se permita
de noche en la fortaleza.
Sabes que así lo previene
costumbre antigua y discreta.
DON ALFONSO. Tú eres aquí la señora:
dispon lo que te parezca.
DOÑA JUANA. En tu ausencia es necesario...
DON ALFONSO. Desistí de ir á la guerra:
todo apresto militar
ya he mandado que suspendan.
DOÑA JUANA. ¿Cómo?
DON ALFONSO. Lo he pensado bien.
DOÑA JUANA. ¿Bien lo has pensado, y te quedas?
DON ALFONSO. Sí.
DOÑA JUANA. ¿Cuando oprime á Galicia
el leopardo de Inglaterra?
DON ALFONSO. Sí.
DOÑA JUANA. ¿Cuando pide Alencastre
del rey don Pedro la herencia?
DON ALFONSO. Sí.
DOÑA JUANA. ¿Cuando vacila el trono
de don Juan? ¡Oh! por tus venas
la sangre de Trastamara
no corre.
DON ALFONSO. En civil contienda
no correrá. Contra alarbes
solo fulmino mi diestra.
DOÑA JUANA. ¿Quién te hace juez de esa causa?
Ni califica ni cuenta

un noble los enemigos.
Su estandarte el rey despliega,
y quien hidalgo nació
calla, lo sigue, y pelea.

DON ALFONSO. Me estoy por honrado aquí.

DOÑA JUANA. ¡Y allí el rey te aguarda! ¡Oh mengua!
¡En ocio tú, y en su ayuda
se arman los hijos del Sena!
Te desconozco.

DON ALFONSO. (*Con intencion.*) La peste
el campo enemigo diezma.

DOÑA JUANA. ¿Y es acaso más temible
que sus tiros y ballestas?

DON ALFONSO. ¿Buscas mi muerte?

DOÑA JUANA. Tu vida,
que es tu fama, y la atropellas.
¿Tienes miedo?

DON ALFONSO. ¡Miedo yo!

DOÑA JUANA. Sí.

DON ALFONSO. ¡Juana!

DOÑA JUANA. Sí.

DON ALFONSO. ¿Y tú me afrentas?
Si mujer, y mujer mia
no fueses, aquí murieras.

DOÑA JUANA. ¡Muy bien, muy bien! Esos brios
en el palenque los muestra.
Vuelve los ojos y mira
de tu rey las blancas tiendas,
los corceles que galopan,
las armas que centellean.
Los guerreros que del Bétis
pisan las dulces riberas;
el fuerte cántabro, el ágil
murciano, el astur atleta;
los que el áureo Tajo ilustran,
ricos en valor y ciencia.
Oye, cual rumor de viento,
atambores y trompetas,
de cien famosos linages

saludando las enseñas.
Partid, batallad, venced...
Mas ¡ay! que allí en la refriega
no se alzan de los Mendozas
las períncltas banderas.
Tened, tened: ya la hueste
parte de la Ricahembra...
Si tú no, yo saldré al campo,
y no seré la primera.

DON ALFONSO. ¡Tú! Nunca. Triunfar anhelo,
ó morir en la refriega.

DOÑA JUANA. Allí te aguarda la gloria;
aquí mis brazos te esperan.

DON ALFONSO. (Tal mujer es imposible
que me engañe y que me mienta.)
¡Mi Juana!

DOÑA JUANA. (*Con voz solemne.*) Tu honor es mio.

DON ALFONSO. ¡Te adoro!

DOÑA JUANA. Mi afecto premias.
Corro á preparar la hueste.

DON ALFONSO. Yo torno al instante.

DOÑA JUANA. Vuela.

(*Doña Juana sale por la derecha. D. Alfonso se dirige al castillo. Vivaldo habrá aparecido momentos antes por el foro, permaneciendo oculto.*)

ESCENA IX.

VIVALDO solo.

Alienta, corazon mio,
corazon hecho pedazos,
que ves en agenos brazos
al dueño de tu albedrio.
Pronto mi dolor impio
cambiará en glorias la suerte.
Reta, Alfonso, al Duque fuerte,
lidia en dudosa pelea,

y asombro tu triunfo sea;
mas séllalo con tu muerte.
¿Es delirio? ¿Es realidad?
¿Vá á lucir un solo dia,
claro el sol de mi alegría?
Horas de encanto, llegad.
Señora, ya á tu beldad
puedo rendir sin enojos
vida y alma por despojos,
alcanzando en toda parte
verte, oirte, contemplarte,
morir de amor en tus ojos.
¡Fortuna, por fin darás
algun alivio á mi pena!
No desisto: el verla agena
me hace desearla más.
¿Yo retroceder? ¡Jamás!—
¿Un bastardo fué mejor
amante que un labrador?
Misterio en ello ha de haber,
porque tan grande mujer
nunca eligió lo peor.
¡Por ella, qué no arriesgué!
¿Por ella, no combatí?
¿En su nombre no vencí?
¿En su bondad no esperé?
¡Este el premio de mi fé!
Necio y torpe me lamento.
Y en tan bárbaro tormento,
si para rendirla no,
¿para qué el cielo me dió,
la luz del entendimiento?

ESCENA X.

VIVALDO. Don ALFONSO, con yelmo y manoplas.

DON ALFONSO. (¿Porqué al verle se renueva
(*Deteniéndose al reparar en Vivaldo.*)

la lucha en el alma mia?
De él sospecho todavia.
Hagamos la última prueba.)
Vivaldo, tu corazon
(*Acercándose á él, y en tono afectuoso.*)
hoy á conocer me has dado.
Ven á la guerra: á mi lado
podrás saciar tu ambicion.

VIVALDO. ¡Partir!
(*Sin poderse dominar.*)

DON ALFONSO. Sí; conmigo ven.
(*Observándole.*)
¿No eres valiente?

VIVALDO. Lo soy.

DON ALFONSO. Entonces...
(*Pausa.*)

VIVALDO. Señor... estoy
(*Luchando consigo mismo.*)
enamorado.

DON ALFONSO. ¿De quién?
Habla; dí. ¿Quién es la bella?...

VIVALDO. De Marina soy galan.

DON ALFONSO. Lo sabia, y á Beltran
casarte ofrecí con ella.
No insisto.

VIVALDO. ¡Cuán indulgente!...

DON ALFONSO. Tanto servirte me place,
que se ha de hacer este enlace
antes de que yo me ausente.

VIVALDO. ¡Señor!...

DON ALFONSO. Está decidido,
y al punto...
(*Alejándose.*)

VIVALDO. Advertid primero...
(*Procurando detenerle.*)

DON ALFONSO. Cumplir mi promesa quiero.
(*Manifestando su enojo.*)

VIVALDO. Mas yo nada he prometido.

DON ALFONSO. No es mucho que yo reclame,

que mano de esposo des
á quien amas.

VIVALDO. Bien... despues...

DON ALFONSO. (¡Oh! si: me engaña el infame.)
No me obligues á que ejerza
mi autoridad contra ti.
Lo mando.

VIVALDO. Yo mando en mí.

DON ALFONSO. Por fuerza.

VIVALDO. Nunca por fuerza.

DON ALFONSO. Pues ha de ser.

VIVALDO.. ¡Raro afan!

DON ALFONSO. Será, cueste lo que cueste.

ESCENA XI.

Dichos, doña **JUANA**, **BELTRAN** y **MARINA**, pages y escuderos.

DOÑA JUANA. Todo está á punto: la hueste
espera á su capitan.

BELTRAN. Y con aire guerreador
aun al más cobarde inflama.

DOÑA JUANA. Alfonso, el honor te llama.
(*Viendo que permanece inmóvil.*)

DON ALFONSO. Sé que me llama el honor.

DOÑA JUANA. A partir.

DON ALFONSO. (¡Fiero destino!)
Tardaré algunos instantes.

DOÑA JUANA. ¿Qué aguardas?

DON ALFONSO. Cúmpleme antes
ser de una boda padrino.
Caso á Vivaldo.

BELTRAN. ¡Oh placer!

MARINA. ¿Hoy?...

DON ALFONSO. Circunstancia precisa.

BELTRAN. Tiene el señor mucha prisa.

VIVALDO. Tan pronto... no puede ser.
Aun cuando en ello se aferra

don Alfonso, es vano empeño.

DOÑA JUANA. ¿Cómo? Lo manda tu dueño.

VIVALDO. En volviendo de la guerra.

DOÑA JUANA. Tu palabra acepto.

DON ALFONSO. No:
hoy será.

DOÑA JUANA. Necio capricho.
(*Llevando aparte á su marido.*)

DON ALFONSO. Pues, Juana, lo tengo dicho.

DOÑA JUANA. Y el viento se lo llevó.

DON ALFONSO. ¿Ante un loco he de cejar?
¿Conmigo ha de competir?
Fortaleza es resistir.

DOÑA JUANA. Y prudencia no quebrar.

DON ALFONSO. Dices bien.—La órden revoco.
(*Alto.*)
(Él si, la quiere... Mas ¡cielos!
¿ella?... ¡Imposible!... Los celos,
los celos me vuelven loco.)
Oyeme.
(*Habla al oido á Beltran á un lado del teatro.*)

DOÑA JUANA. Vuelve á la calma.
(*A Marina procurando consolarla.*)

MARINA. ¿Quién endulzará mi pena?

DOÑA JUANA. ¿Quién hija? Dios, que serena
las tempestades del alma!

VIVALDO. (Cielos, amparad mi amor.)
(*En el centro de la escena, en segundo término.*)

DON ALFONSO. Que me obedezcas es ley.
(*A Beltran en voz baja.*)

BELTRAN. Ni quito ni pongo rey;
pero ayudo á mi señor.

DON ALFONSO. Vamos á la lid campal.
(¡Oh! yo sabré!)

DOÑA JUANA. Vamos.

DON ALFONSO. Vamos.

VIVALDO. (¡Se vá!)

BELTRAN. Serviré á dos amos:
pienso que no me ha de ir mal.
(*Don Alfonso, doña Juana y los pages y escuderos se dirigen hácia la derecha. Marina, sumamente afligida, permanece junto al castillo; Vivaldo en el mismo punto en que se hallaba.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala de armas del castillo, con puerta y ventanas practicables en el fondo, que dan á una galería. Puertas en los costados, cubiertas por cortinas árabes. A la derecha del actor, en primer término un ajimez. Bufete con luces en el lado opuesto.

ESCENA I.

BELTRAN.

Tiempo resta. Ojo avizor
hasta que llegue el momento.
No se escucha otro rumor
(*Mirando por el ajimez.*)
que en los pinares el viento
y el silvo del ruiseñor.
Mas ¡ ay ! los agüeros van
torciéndose. Una corneja
(*Vuelve á la escena.*)
voló. ¿ Qué es esto, Beltran ?
¿ Te predice algun desman ?
En tu loco empeño ceja.
¿ Qué hacer ? ¿ Me arrepiento y hablo ?
Quien canta su mal espanta.
Cantemos, sí... ¡ Guarda, Pablo !
Él es quien es. —¿ Y si el diablo
tira luego de la manta ?
¿Si se sabe que fuí yo
el que?... Diré que no fuí :
San Pedro á Cristo negó ;
y á Dios gracias tiene un *no*
tantas letras como un *sí*.
Ya mi palabra empeñé.

Conciencia, ¿por qué me escarbas
y haces vacilar mi fe?
¿Si lo haré?... ¿Si no lo haré?
Callen faldas y hablen barbas.
(*Asomándose al ajimez.*)
A no marrar la doctrina
del pastor, que bien recuerdo,
son las diez; pues ya declina
y toca en el brazo izquierdo
la boca de la bocina.
Aun largo tiempo la luna
tardará en dar en el puente,
que es la señal. Viene gente.

ESCENA II.

BELTRAN. Un VIEJO.

VIEJO. ¿Es mi presencia importuna?
BELTRAN. Dios te guarde, buen Lorente.
¿Qué ocurre? ¿Tú por acá?
VIEJO. He venido por mandato
del ama.
BELTRAN. Rezando está,
y aun en salir tardará.
Tienes que esperar un rato.
VIEJO. Paciencia!
BELTRAN. Al fin has de hacer
aqui noche.
VIEJO. ¿En el castillo?
BELTRAN. Es cláro.
VIEJO. No puede ser.
BELTRAN. Pues hasta el amanecer
no se levanta el rastrillo.
VIEJO. ¡Aquí encerrado hasta el dia!
Necesita mi afliccion
aire, campo.
BELTRAN. ¡Boberia!
VIEJO. ¿No sabes que mi agonía

raya en desesperacion?

BELTRAN. ¡Desesperarse á tus años!
Ellos mostrarte han debido
con patentes desengaños,
que es gran médico el olvido
para irremediables daños.
¿Y Constanza halló consuelo?
Mas, ¿cómo aliviar su duelo?
Y al fin tendrá que ser monja...
¡Qué lástima!... Sin lisonja,
la pastora es como un cielo.
Pues matar al delincuente
no es la mejor medicina.
Piénsalo bien: sé clemente.
Quien pronto se determina,
despacio al fin se arrepiente.
¿Qué dices?

VIEJO. No digo nada.

BELTRAN. Parece que estás difunto.

VIEJO. Recordar me desagrada
esa historia desgraciada.

BELTRAN. Pues hablemos de otro asunto.
Ya sabrás que comenzó
la guerra.

VIEJO. Ya lo sé.

BELTRAN. Y di:
¿será larga?

VIEJO. ¿Qué se yo?

BELTRAN. ¿Irán los de Astorga?

VIEJO. Sí.

BELTRAN. ¿Y los de Palencia?

VIEJO. No.

BELTRAN. Gente de tanto valer
debe acudir la primera.
Mucha sangre va á correr.
Y, segun tu parecer,
¿quién triunfará?

VIEJO. El que Dios quiera.

BELTRAN. ¿Y qué me dices de Anton?... (*Pausa.*)

Estoy respuesta aguardando,
¿y callas como un huron?

VIEJO. Te respondo así: callando.

BELTRAN. ¡Vaya una contestacion!
Un rústico llevó un dia
al cura de su lugar
cierto asnillo que tenia,
perjurando que leia
con acierto singular.
El preste, de ingenio romo,
busca, limpia y abre un tomo:
lo mira el asno sesudo;
mas ¿leer? Ni por asomo:
se estaba mudo que mudo.
Ya el cura se amostazó
é impaciente exclamó así:
«¿Lee este animal ó no?»
Y el otro le respondió:
«Es que lee para sí.»

VIEJO. ¡Oh! Ya el ama á este aposento...

BELTRAN. Te dejo en su compañía;
y advierte que no es atento
responder, como leia
el borrico de mi cuento.
(*Vase por el foro.*)

ESCENA III.

Doña JUANA. El VIEJO.

DOÑA JUANA. Anciano, guárdete el cielo.

VIEJO. Él más dicha os dé que á mí.

DOÑA JUANA. Te he llamado.

VIEJO. Y héme aquí.

DOÑA JUANA. A solas hablarte anhelo.

VIEJO. Honra inmerecida es,
y os beso los pies ufano.
(*Hace ademan de rendirse á sus pies.*)

DOÑA JUANA. No quiero yo ver, anciano,

tus canas junto á mis pies.

VIEJO. Vuestra virtud y prudencia
dignas son de más respeto.

DOÑA JUANA. ¿No presumes con qué objeto
dispuse esta conferencia?

VIEJO. Para calmar mi dolor
(*Con intencion.*)
sin duda á anunciarme vais
que ya decidida estais
á dar muerte al seductor.

DOÑA JUANA. ¿Y si la clemencia mia,
compadeciendo su suerte,
le librase de la muerte,
qué pensaras?

VIEJO. Pensaría
que hollábais vuestro deber.

DOÑA JUANA. ¿Y asi tu lengua ha podido?...

VIEJO. Vos sois la que habeis querido
que os diga mi parecer.

DOÑA JUANA. Dura respuesta no ofende
en que el dolor tiene parte.
Ahora quiero suplicarte...

VIEJO. ¿Suplicarme vos?...

DOÑA JUANA. Atiende.
A tu hija Constanza miro
víctima de una vileza,
que la flor de su pureza
torpe mancilló Ramiro.
Ella en crudo padecer
siente el pecho desgarrado;
y ese hombre, ese malvado
está unido á otra mujer.
Pero lo que el alma llena
de viva saña y horror,
lo que hace el crímen mayor
debe minorar la pena.
Su muerte, en crudos desvelos
á una esposa abismaría,
y en negra orfandad impía

á dos tristes pequeñuelos.
El juez á la ley ceñido
justo ha de ser, no clemente;
y está el perdon solamente
en manos del ofendido.
Salva, pues, de angustia fiera
á los que inocentes son:
ten de un padre compasion...
Habla; decide.

VIEJO. Que muera.

DOÑA JUANA. Próvida clemencia rija
tu pecho que el odio encona.

VIEJO. ¿Y cuándo un padre perdona
al seductor de su hija?
¿Sabeis cuánto es adorado
por mísero anciano el hijo
en quien ve con regocijo
su propio ser dilatado;
joya que le da altivez
cuando ya todo le humilla;
sol de juventud, que brilla
sobre su helada vejez;
ángel que, de aciaga suerte
aplacando los rigores,
le va sembrando de flores
el camino de la muerte?
Y cuando en horrible duelo,
pierdo en ella apoyo y guia,
mi único bien, mi alegria,
mi luz, mi gloria, mi cielo,—
¿quereis que perdone al hombre
que inícuo me la arrebata,
á quien la mata, y me mata,
á quien deshonra mi nombre?...
Señora, mi justo encono
me acompañará á la tumba.
¡Yo perdonarle!... Sucumba
mi enemigo. No perdono.
Nunca mayor criminal

que el seductor pudo haber,
que la honra de la mujer
es llave del bien y el mal.

DOÑA JUANA. Pero el vasallo olvidó
que quien le suplica así,
hoy todo lo puede aquí.

VIEJO. Mucho sí, mas todo no.
Vos nos disteis sábias leyes;
y vos no ignorais, señora,
que ante la ley bienhechora
rinden su cetro los reyes.
Que no hay poder soberano
digno de existir sin ella,
que el mismo rey, si la huella,
de rey se trueca en tirano.
Rasgando el impuro seno
del que roba y asesina,
la ley es arma divina
con que al malo vence el bueno.
Y ella la muerte reclama
del vil que con alma impura,
fué ladron de mi ventura
y asesino de mi fama.
Obrad, pues, con rectitud,
aunque os duela el sacrificio;
que dejar impune el vicio
es corromper la virtud.
No aguardeis, pues, de mi boca
el perdon de ese tirano.

DOÑA JUANA. Advierte...

VIEJO. Todo es en vano:
pensad que hablais á una roca.

DOÑA JUANA. Sé cual es mi obligacion,
y ya lo probé mil veces;
pero ¡ay, anciano! los jueces
tienen tambien corazon.
La ley premia al virtuoso,
hiriendo al que la atropella;
pero ¡es la piedad tan bella!...

¡Es el perdon tan hermoso!
Acércate más, anciano:
mira en mi tan solo ahora
una mujer que te implora,
y que te tiende la mano.
Ramiro su grave yerro
en tierra lejana espie;
por su patria en vano ansie:
tambien es muerte el destierro.
Tú no pierdas la esperanza
de gozar horas serenas.
Cuando lágrimas y penas
purifiquen á Constanza,
ya cederán los enojos;
y anudados tiernos lazos,
tú morirás en sus brazos,
ella cerrará tus ojos.—
No repliques: bien se yo
que al fin la perdonarás;
y en breve tal vez...

VIEJO. Jamás...

DOÑA JUANA. Si eres padre, ¿cómo no?
Tú en mi palacio admitido
vivirás siempre á mi lado,
de los mios respetado,
y por mi favorecido.
Tuyo es el puesto que elija
tu ambicion: nada lo impide.
Pide cuanto quieras; pide...

VIEJO. Dadme el honor de mi hija.

DOÑA JUANA. ¿Qué? No logro conmoverte?

VIEJO. No; que deshonrado estoy.

DOÑA JUANA. ¡Es padre!

VIEJO. ¡Tambien lo soy!

DOÑA JUANA. El destierro...

VIEJO. No: la muerte.

DOÑA JUANA. Ve la sentencia.
(*Mostrándola.*)

VIEJO. Acabad:

firmadla, sed justiciera.

DOÑA JUANA. ¡Viejo! Por la vez postrera:
¿rasgo este papel?

VIEJO. Firmad.

DOÑA JUANA. ¡Alma tenaz y enemiga!
(*Despues de firmar la sentencia y entregársela al Viejo.*)
No fuí yo quien le mató,
sino tú.

VIEJO. Ni vos, ni yo:
la ley, que premia y castiga.
(*Vase por el foro.*)

ESCENA IV.

Doña JUANA.

A su implacable desden
da el paterno amor consejo.
Razon tiene el noble viejo
y por quien soy, que hace bien.
¡Despues de afanes prolijos,
(*Tristemente.*)
morirá un hombre mañana!...—
Su viuda será mi hermana;
sus hijos serán mis hijos.

ESCENA V.

Doña JUANA y VIVALDO.

VIVALDO. Señora...

DOÑA JUANA. Ven. Te esperaba.

VIVALDO. (Ya penetro su designio.)

DOÑA JUANA. Quiero de Marina hablarte.

VIVALDO. ¿No ois en la selva ruido
como de caballos?

DOÑA JUANA. Solo
(*Dirigiéndose hácia el ajimez.*)

rumor de viento percibo.
Desierto aparece el bosque
de la luna al claro brillo.
¡Astro hermoso!

VIVALDO. Compitiendo
con vos, se amengua su hechizo.

DOÑA JUANA. Guarda tan galanas flores
para Marina. Contigo
la he de casar.

VIVALDO. Ese enlace
no es posible.

DOÑA JUANA. Dí el motivo.

VIVALDO. (Esta es la ocasion.) Señora,
ocultarlo fuera indigno:
sabed que por otra bella
enamorado suspiro.

DOÑA JUANA. ¿Y esa mujer corresponde
á tu amante desvarío?

VIVALDO. Lo ignoro.

DOÑA JUANA. ¿Es libre?

VIVALDO. En agenos
brazos, por mi mal, la miro.

DOÑA JUANA. ¡Casada! ¿Y los torpes ojos
pusiste en ella atrevido?
¡Ay del seductor, Vivaldo!
Por semejante delito
Ramiro pierde la vida.

VIVALDO. ¿Y no es más atroz suplicio,
decidmelo vos señora,
verse para siempre unido
á un ser no amado, entre tanto
que á otro se ama con delirio?

DOÑA JUANA. Yo poco decirte puedo
de caso en que no me he visto.

VIVALDO. (Con mil afectos batalla,
y en vano finge desvío.)

DOÑA JUANA. Vuelve á la razon. Marina,
flor de mágico atractivo,
labrar tu ventura puede:

premio otorga á su cariño.
Con tu dulce compañera
dichoso vive y tranquilo
en las pingües heredades
que yo en dote le destino.
Y si en noble afan de gloria
sientes el pecho encendido,
arma cien y cien ginetes
y al monarca presta auxilio,
ya contra el bárbaro alarbe,
ya contra el inglés altivo.
Sé de tu patria y tu ley
campeon nunca vencido;
con sangre en los campos deja
tus altos hechos escritos,
y da con tu humilde nombre
á ilustre raza principio.
Despues tornarás ufano
al quieto envidiable asilo,
donde un corazon dejaste
en redes de amor cautivo.
Y cuando la edad caduca
te robe el vigor antiguo,
mientras tus hijos combaten,
émulos ya de tus bríos, —
báculo hallarás seguro
en los hijos de tus hijos.

VIVALDO. Grandes son vuestros favores.
¡Oh, si pudiera admitirlos!

DOÑA JUANA. ¿Y por qué no?

VIVALDO. Perdonad.

DOÑA JUANA. Esplicate.

VIVALDO. Os lo repito:
ardo en otro amor.

DOÑA JUANA. Culpable.

VIVALDO. Inmenso.

DOÑA JUANA. Dale al olvido.

VIVALDO. ¿Basta querer?

DOÑA JUANA. Basta.

VIVALDO. ¿Puede
resistir el hombre al grito
de su corazon?

DOÑA JUANA. Esclavo
es el corazon del juicio.

VIVALDO. ¡Esclavo! ¿Quién puso dique
al torrente embravecido?
¿Qué humana fuerza contuvo
la llama que de improviso
prendió en el bosque, impelida
por furioso torbellino?
¡Ay del pecho donde estalla
de amor el fuego oprimido!
¿Quién á sofocar su hoguera,
quién á contener sus ímpetus?
Sierva la razon, en vano
pugna por romper sus grillos,
y álzase al fin de la lucha
más soberbio el enemigo.

DOÑA JUANA. Discursos que el hombre fragua
para engañarse á sí mismo,
cuando quiere hallar disculpa
á su ciego desvarío.
Así como Dios potente
á las fieras ondas dijo:
«De aquí no paseis,»— el hombre
puede con el raciocinio
decir á pasiones viles
«No paseis: yo os lo prohibo.»
Dios á los hombres, Vivaldo,
dueños de sí propios hizo.

VIVALDO. Siervos los hace el amor.

DOÑA JUANA. No el amor, el apetito.

VIVALDO. Grande y sublime es mi afecto.

DOÑA JUANA. Es crímen no combatirlo.
Retrocede, y hallarás
el premio en el sacrificio;
avanza, y tu ruina es cierta;
que de ese fatal camino

un abismo cierra el paso.
Elige, pues.

VIVALDO. El abismo.

DOÑA JUANA. ¡Vivaldo!

VIVALDO. Cejar no puedo;
no. Martirio por martirio,
entre morir ó perderla,
morir esperando elijo.

DOÑA JUANA. Morirás.

VIVALDO. Si ella lo quiere
bendeciré mi destino.

DOÑA JUANA. Cumplí con mi corazon
dándote prudente aviso;
ahora mi deber me ordena
seguir un rumbo distinto.
Mañana, al romper el dia,
has de salir del castillo.

VIVALDO. ¡Señora!...

DOÑA JUANA. Desde este instante
en mí no hallarás abrigo,
que fuera mi tolerancia
cómplice de tu delito.

VIVALDO. Los arcanos de mi pecho
á vos sola he referido;
y nadie ha de imaginar...

DOÑA JUANA. Basta si yo lo imagino.
En mal hora tus palabras
llegaron á mis oidos;
en mal hora, que no puedo
excusar ya tu castigo.

VIVALDO. Ved que es rigor alejarme
para siempre de estos sitios.
¡Compasion!

DOÑA JUANA. Ruegas en vano.
Es fuerza.

VIVALDO. ¡Pierdo el sentido!
No deis crédito, señora,
á mis amantes delirios.
¿Qué importa que yo la adore,

si es su corazon de risco?
Ya no pretendo, no espero...
tan solo verla codicio...

DOÑA JUANA. Basta. Sal de mi presencia...

VIVALDO. ¡No! (*Arrodillándose.*)

DOÑA JUANA. Al punto.

VIVALDO. ¡Piedad!

ESCENA VI.

Dichos y Don **ALFONSO**, que aparece por la puerta de la derecha

DON ALFONSO. (¡Qué miro!
¡A sus pies!)

VIVALDO. (¡El Almirante,
cielos!)

DOÑA JUANA. De rodillas fijo.
(*Deteniendo imperiosamente á Vivaldo, que trata de levantarse.*)
Es mi esposo.

VIVALDO. (¡Trance amargo!)

DON ALFONSO. (¡Mal mi cólera reprimo!)

DOÑA JUANA. ¿Tú en el castillo? ¿A estas horas?
(*A don Alfonso con interés y naturalidad.*)
¿Quizá enfermo?.. ¿Qué motivo?..

DON ALFONSO. ¿Pregunto yo por qué está
Vivaldo á tus pies rendido?

DOÑA JUANA. Aunque no me lo preguntes,
yo debo y quiero decirlo.
A cumplir tu voluntad
se resiste, y le despido.

DON ALFONSO. Déjate de aclaraciones;
(*Con no bien disimulada ironía.*)
siempre imaginé lo mismo.
Pronto llegará la hueste:
manda que alcen el rastrillo.

DOÑA JUANA. Le alzarán sin mi licencia.

DON ALFONSO. Lo contrario se previno.

DOÑA JUANA. Nunca respeta el vasallo
la ley que el señor deshizo.
DON ALFONSO. Ya tardas en complacerme.
DOÑA JUANA. Si ha de ser con mi permiso,
Vivaldo lleve la órden.
DON ALFONSO. Que la dés tú propia, exijo.
DOÑA JUANA. No es decoroso.
DON ALFONSO. Lo quiero.
DOÑA JUANA. Obedezco á mi marido.

ESCENA VII.

Don ALFONSO. VIVALDO.

DON ALFONSO. (¡Cierta es mi deshonra; si!
¡Siervo aleve! ¡Esposa infiel!)
VIVALDO. (¡Tambien tiene celos él!
Sufra lo que yo sufrí.)
DON ALFONSO. (No hay dudar: de verlo acabo.)
VIVALDO. (Salgamos: mi saña ardiente
domar no puedo.)
DON ALFONSO. Detente.
VIVALDO. Perdonad...
DON ALFONSO. Detente, esclavo.
VIVALDO. ¡Oh!... Me afrentais sin razon.
DON ALFONSO. A mí me ofende tu lengua;
y no te escarmiento...
VIVALDO. (¡Oh, mengua!)
DON ALFONSO. Porque me das compasion.
VIVALDO. ¡Compasion!
(*Adelantándose.*)
DON ALFONSO. ¿Qué atrevimiento?
VIVALDO. No hagais de piadoso alarde.
DON ALFONSO. Vil, mal nacido, cobarde...
VIVALDO. Apurad mi sufrimiento.
DON ALFONSO. De eso trato.
VIVALDO. Pues á fe,
que si se me apura más,
y olvido quien sois...

DON ALFONSO. ¿Qué harés?
VIVALDO. Dios lo sabe, y yo lo sé.
DON ALFONSO. Dilo.
VIVALDO. Mi valor probaros.
DON ALFONSO. ¿Tú?
VIVALDO. Ahora mismo.
DON ALFONSO. ¿Dónde?
VIVALDO. Aquí.
DON ALFONSO. ¿Provocarme osaras?
VIVALDO. Sí.
DON ALFONSO. ¿Y pelear?
VIVALDO. Y mataros.
DON ALFONSO. Pues ya aquí, tenlo entendido,
no hay vasallo, ni hay señor.
VIVALDO. Pues vos sois el vil traidor,
el cobarde, el mal nacido.
DON ALFONSO. Ház de tu impudencia gala.
Pronto probarás mi furia.
VIVALDO. Nada reparo: la injuria
con quien me ofende me iguala..
DON ALFONSO. Dices bien.
VIVALDO. Fuerza es reñir.
DON ALFONSO. ¡Venganza!
VIVALDO. Vengarme quiero.
DON ALFONSO. Ved mi espada. (*Desnudándola.*)
VIVALDO. Ved mi acero.
(*Haciendo lo mismo.*)
DON ALFONSO. A matar pues.
VIVALDO. O á morir. (*Riñen.*)
DON ALFONSO. Si; que en matar ¡vive Dios!
ó en morir mi dicha fundo.
VIVALDO. Bien decís; que ya en el mundo
no hay lugar para los dos.

ESCENA VIII.

Dichos. Doña JUANA y criados con hachas.

DOÑA JUANA. ¡Cielos! ¡Tened!

DON ALFONSO. En logrando
mi venganza con su muerte.

VIVALDO. ¡Aun aliento!

DOÑA JUANA. Espera.—Advierte.
(*Ora á don Alfonso, ora á Vivaldo.*)

DON ALFONSO. Nunca.

VIVALDO. Jamás.

DOÑA JUANA. Yo lo mando.

DON ALFONSO. Aparta.

DOÑA JUANA. Pues no os contengo
en tan injusta porfía,
yo entre los dos...
(*Poniéndose entre ambos.*)

DON ALFONSO. ¡Qué osadia!

DOÑA JUANA. Aun lo dudo.

VIVALDO. ¡Y no me vengo!

DOÑA JUANA. ¿Será verdad que te hallo
(*A Vivaldo.*)
en lucha con tu señor?
¿Que tú humillas tu valor
(*A don Alfonso.*)
á lidiar con un vasallo?

DON ALFONSO. ¿Y tú me reprendes?

DOÑA JUANA. Sí.

DON ALFONSO. ¿Tú con torpe confianza
te opones á mi venganza?
¿Tiemblas por él ó por mí?

DOÑA JUANA. ¿Qué dices?

DON ALFONSO. La indignacion
más me enfurece. Abre paso,
ó con un golpe traspaso
el tuyo y su corazon.

DOÑA JUANA. ¡Cielos!... Mas ¿cómo olvidar
puede mi esposo quién soy,
quién es él?... ¿Soñando estoy?
No... ¿Qué debo recelar?
Tu regreso, tus enojos,
cuyo orígen busco en vano,
este abrasar de tu mano,

ese brillar de tus ojos,
todo es señal evidente
de tu ciego desvarío.
Si; no hay duda: el sol de estío
hace delirar tu mente.
Vuelve en tí: observa un instante
quién te escucha, quién te mira...
(*Señalando á los criados.*)
¡Oh! Sí: delira, delira...
(*A los criados.*)

DON ALFONSO. (¿Qué dice?... Es cierto: ¡delante
de todos!..)

DOÑA JUANA. Habla...

DON ALFONSO. ¡Tal vez!...
(Ocultar debo mi agravio.)
¡Tal vez!... Acertó tu labio...
Pero con necia altivez
(*Enfureciéndose de nuevo.*)
me ha ofendido, y no revoco
de Vivaldo la sentencia.

DOÑA JUANA. Obra pues, mas con prudencia.

DON ALFONSO. ¡Prudencia pides á un loco!

DOÑA JUANA. Tente.

DON ALFONSO. Muera quien me agravia.
(*En ademan de herir á Vivaldo.*)

DOÑA JUANA. Dame tu espada.
(*A Vivaldo.*)

VIVALDO. Señora....
(*Como resistiéndose.*)

DOÑA JUANA. Dámela.
(*Se la arrebata, y la tira lejos de sí.*)
Mátale ahora.
(*A don Alfonso.*)

DON ALFONSO. ¡Vive Cristo!

DOÑA JUANA. ¡Hiere!

DON ALFONSO. ¡Oh rabia!

FIN DEL TERCER ACTO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA I.

MARINA y BELTRAN.

MARINA. Reparad....
BELTRAN. Nada reparo.
MARINA. Desistid: ved....
BELTRAN. Nada veo.
Me cansan las dilaciones
y abomino los enredos;
sé que vale más un toma
que dos te daré; me precio
de sagáz; lengua espedita
no me falta; y como el cielo
no desampara al osado,
ni hay tus tus al perro viejo,
voy á mi negocio siempre
por el camino derecho.
MARINA. ¡Sendas por mi mal perdidas!
Esto no tiene remedio.
BELTRAN. ¡Bueno es estarse llorando
y dejar correr el tiempo,
y que el demonio se lleve
el pactado casamiento!
No hay pez tan escurridizo
como un novio, te lo advierto;
y es un notorio milagro

verle preso en el anzuelo.
Pero tú tiemblas....

MARINA. (Me asalta
un horrible pensamiento,
que me aterra y enloquece.
¡Ella de virtud modelo!...
¡Oh no: imposible!)

BELTRAN. ¿En qué piensas?

MARINA. En nada.

BELTRAN. Pues acabemos.
¿Amas á Vivaldo?

MARINA. ¡Así
pagara mi tierno afecto!

BELTRAN. ¿Fueras su mujer gustosa?

MARINA. Mi gloria cifrara en ello.

BELTRAN. Entonces...

MARINA. No hay esperanza.

BELTRAN. ¿Quién lo impide?

MARINA. Mi hado adverso.

BELTRAN. ¿Y he de estar brazicruzado?
¿Y he de callar?

MARINA. Os lo ruego.

BELTRAN. Todas son unas. ¡Mujeres!
¿Quién jamás pudo entenderos?
Todo lo haceis y decís
siempre al revés. ¡Cuán discreto
anduvo nuestro vecino
Ginés el alcabalero!
Cruzaba una vez el rio
que dista de aquí una legua,
con su mujer y su yegua,
ambas de genio bravio;
y cátate que el demonio
una de las suyas fragua,
y tumba en medio del agua
animal y matrimonio.
Asirse logra el paciente
á unos mimbres de la orilla;
pero su pobre costilla

presa fue de la corriente.
Muy convencido Ginés,
sin contrarios pareceres,
de que siempre las mujeres
todo lo hacen al revés;
á la suya, en ánsia viva,
al salir de aquel trabajo,
no buscaba rio abajo,
sino por el agua arriba.
A más ver.

MARINA. Tened.

BELTRAN. ¡Ya basta!

MARINA. ¿Nada os dicen los misterios
de esta noche?

BELTRAN. ¿Qué me importan?
(Por descifrarlos reviento.)

MARINA. ¿Nada la vuelta del amo,
ni el crujir de los aceros,
la reserva de los mozos?..

BELTRAN. Sí: me dice todo esto
que grande señal de calma
son relámpagos y truenos.
El ama: á pedir de boca.
Verás si luzco mi ingenio.

ESCENA II.

Dichos. Doña JUANA.

BELTRAN. Señora...

DOÑA JUANA. Manda que ensillen
un caballo.

BELTRAN. ¿Ahora?

DOÑA JUANA. Al momento.

BELTRAN. Será cosa muy urjente.
¿Algun aviso?... ¿Algun pliego?...

DOÑA JUANA. Ya tardas.

BELTRAN. Señora... yo...
(Vamos, hoy corre mal viento.) (*Vase.*)

DOÑA JUANA. Sola déjame. A Vivaldo
aguardo aquí.

MARINA. (¡Dios eterno!)
(*Vase.*)

ESCENA III.

Doña JUANA y VIVALDO.

VIVALDO. ¿Me habeis mandado llamar?

DOÑA JUANA. Sí.

VIVALDO. Yo anhelaba tambien
esta ocasion para hablaros.

DOÑA JUANA. Sabe que si te llamé,
te cumple tan solo ahora
oirme y obedecer.
Faltaste á mi esposo anoche;
y evitar es mi interés
el enojo que tendrá,
si en el castillo te vé.
Un caballo, de órden mia,
se encuentra dispuesto; en él
para siempre de estos sitios
te aleja.

VIVALDO. ¿Qué pretendeis?

DOÑA JUANA. De estar en mi servidumbre
has cesado desde ayer.

VIVALDO. Señora, inventad castigos:
cualquiera menos cruel
será para mi.

DOÑA JUANA. Te impongo
el que oportuno juzgué.

VIVALDO. Pero advertid...

DOÑA JUANA. No hay remedio.

VIVALDO. ¡Yo partir!

DOÑA JUANA. Luego ha de ser.

VIVALDO. ¿Para siempre?

DOÑA JUANA. Para siempre.

VIVALDO. ¡Salir de mi patria! Ved

que en ella está mi contento,
mi vida, mi único bien!

DOÑA JUANA. Sabes que soy inflexible.

VIVALDO. Señora, no me mandeis
lo que no puedo cumplir.

DOÑA JUANA. Que me obedezcas es ley.

VIVALDO. ¡Estraña impiedad!

DOÑA JUANA. Precisa.

VIVALDO. Destrozais un pecho fiel,
que es vuestro...

DOÑA JUANA. No quiero oirte.

VIVALDO. Ya es fuerza que me escucheis:
harto he callado.

DOÑA JUANA. ¡Silencio!

VIVALDO. No más, no más timidez.
Para vencerme, no tengo
la fuerza que vos teneis...

DOÑA JUANA. No te comprendo: obedece.

VIVALDO. No me quereis comprender.

DOÑA JUANA. Al punto: sal de mi casa.

VIVALDO. ¡Bien adivino por qué
me imponeis silencio!

DOÑA JUANA. Al punto.

VIVALDO. ¡Destino implacable!

DOÑA JUANA. Ten
presente que mayor pena
que el destierro puede haber;
y para nada procures
volver á verme otra vez,
porque no has de conseguirlo.

VIVALDO. ¡Señora!

DOÑA JUANA. ¡Obedece, pues!
(*Entra en su aposento.*)

ESCENA IV.

VIVALDO solo. Despues BELTRAN.

VIVALDO. Me aleja porque me teme.

Me impide hablar, con desden,
porque una palabra mia
derrocara su altivez.
Sí; corresponde á mi amor.
No se engaña el pecho aquel
que á hermoso dueño consagra
invencible, eterna fe.
¿Si no me quisiese ella,
pudiérala yo querer?—
¿Y me arrojais del palacio
para siempre? ¿Y no obtendré
el consuelo, ó la venganza
de decir á vuestros pies
que os adoro? No: mil veces,
mil veces os lo diré!
Finge que mi amor ignora,
porque su defensa es
únicamente ignorarlo.—
Pero ella al fin es mujer,
y en que yo se lo declare
tal vez cifradas esten
mis esperanzas... Mas, ¿cómo,
cómo á su lado podré
llegar?—Si al fin lo consigo,
poniendo en riesgo á la vez
mi vida y su fama, acaso
más tenaz no la hallaré?
¿No me turbarán de nuevo,
su aparente impavidez,
su mirar fascinador,
su acento?... ¡Suerte cruel!
Mas fuerza es ya que lo sepa.
Por todo atropellaré,
y lo sabrá. ¿Qué me importa
lo que pueda suceder?
Si labro mi ruina, al menos
la habré merecido.

BELTRAN. ¡Eh!...
(*Apareciendo por la puerta del foro.*)

(¿Estará sordo?)

VIVALDO. (¡Es preciso!)

BELTRAN. ¿No sabes tú para quien
(*Acercándose.*)
es el caballo, que el ama
mandó ensillar?

VIVALDO. ¡Dejamé!
(*Vase.*)

ESCENA V.

BELTRAN.

¡Huye bendito de Dios!
Ya es la casa otra Babel;
y al fin entre tantos locos
dará mi juicio al través.
Vaya, aquí hay gato encerrado,
y más grande que un lebrel.
Por más que discurro, nada...
no cojo gato, ni pez.—
Ya le cojí. Se dispone
un alazan cordobés;
se llama á Vivaldo luego;
se le dice... no sé qué;
vuelvo á este sitio, y le hallo
estampa de lucifer:
Vivaldo será el ginete
como dos y una son tres.
¿Dónde irá? ¿Por qué disgusta
la comision al doncel?

ESCENA VI.

BELTRAN y DON ALFONSO.

DON ALFONSO. (¡Qué mujer! ¿Y aun dudo? Anoche
me contuve... Hoy con usura
vengarme sabré... Castigo

secreto á secreta injuria.)

BELTRAN. ¡Aquí el amo!... Perdonad
(Reparando en don Alfonso.)
una indiscreta pregunta.

DON ALFONSO. ¡Eh! ¡Vete!

BELTRAN. (Pues él tambien...
de muy lindo humor madruga.)
Sabeis que soy una malva,
que mi gratitud es única.
Anoche, sin más ni más,
por vos rompí la clausura,
y os abrí el castillo, á riesgo...

DON ALFONSO. Ya de mi paciencia abusas.

BELTRAN. Como os habeis empeñado
en darme favor y ayuda,
y como Vivaldo...

DON ALFONSO. Acaba.

BELTRAN. Se va á marchar.

DON ALFONSO. ¿Qué pronuncias?

BELTRAN. Ya estará á punto el caballo.

DON ALFONSO. ¡Un caballo!

BELTRAN. (¡Le disgusta!)
La señora lo ha dispuesto.

DON ALFONSO. (Por salvarle de mi furia.
¡Oh! no será.)

BELTRAN. ¡Pues!... Y cómo
quedamos, cosa muy justa,
en casarle con la otra...

DON ALFONSO. No: no se irá...

BELTRAN. ¡Qué ventura!
Ya imaginaba que vos
no consentiriais nunca
en que se marchase, cuando...

DON ALFONSO. ¿Eh, qué dices, que murmuras?

BELTRAN. Nada. Como va á casarse,...
y como no tiene mucha
gana de viajar,... y como
le quereis con gran ternura...

DON ALFONSO. Si, cierto... Pero sosiega

que no ha de partir.

BELTRAN. ¡Oh suma bondad! ¡Qué gran corazon!

DON ALFONSO. Corre, y preven que á ninguna persona se le permita salir del castillo. Escucha... Iré yo mismo. Aquí aguarda. (*Vase por el foro.*)

BELTRAN. Bien.

ESCENA VII.

BELTRAN y VIVALDO: despues MELENDO; á poco MARINA.

VIVALDO. (Probemos por vez última, y como no...)

BELTRAN. ¿A dónde bueno?

VIVALDO. A entregar esta minuta y cuentas á la señora.

BELTRAN. ¿Van las del monte?

VIVALDO Sí

BELTRAN. ¿Turbias?

VIVALDO. Falta solo que se aprueben.

BELTRAN. ¿Y es cosa urgente?

VIVALDO. Sin duda.

BELTRAN. (Bueno es que al ama entretenga, hasta que el otro concluya.)

VIVALDO. Valor. Entremos.

MELENDO. No puedes entrar.
(*Desde la puerta del aposento de doña Juana.*)

VIVALDO. ¿Quién lo dificulta?

MELENDO. Del ama espreso mandato. Perdona.
(*Con expresion de sentimiento.*)

VIVALDO ¡Oh Dios!

BELTRAN. ¿Qué te apura? Lo mismo es hoy que mañana.

VIVALDO. ¡Que bien lo supuse!

BELTRAN. (¡Juzga
que va á partir!)

VIVALDO. ¡El infierno
en mi daño se conjura!

BELTRAN. ¿Tengo yo franca la puerta?
(*A Melendo, que hace un movimiento afirmativo.*)
Pues entonces, aleluya.
(*Arrebata á Vivaldo la cartera, y se dirige presuroso hácia la habitacion de doña Juana.*)

VIVALDO. ¿Qué haces? Detente.

BELTRAN. Suponlas
ya en sus manos.

VIVALDO. ¡Importuna
diligencia!

BELTRAN. Soy tu amigo.
(*Entra en el aposento de doña Juana, y Melendo tras él.*)

VIVALDO. Tente, aguarda... ¡Es gran locura!...
No importa.

MARINA. (¡Él aquí!)

VIVALDO. (¡Marina!
¡Cuál su presencia me turba!
No quiero hablarle;... no quiero
esplicaciones ni escusas....
¡Oh, la ansiedad me devora! —
Que mi destino se cumpla.)
(*Vase por la puerta de la derecha.*)

MARINA. ¡Se va!... Me evita el martirio
de disimular mi angustia!

ESCENA VIII.

MARINA y BELTRAN.

BELTRAN. ¡No se puede sufrir esto!
(*Saliendo enfurecido de la habitacion de*

doña Juana, con la cartera del despacho en la mano.)

MARINA. ¿Qué teneis?

BELTRAN. ¿Qué he de tener?
Que desde el amanecer
todos me ponen mal gesto.
—Señora...—¿Qué me presentas?
(*Como reproduciendo la conversacion que se supone ha tenido con doña Juana.*)
—Cuentas de Vivaldo son:
falta vuestra aprobacion...
—Vete; no estoy para cuentas.
—Creo que vienen muy claras....—
Vete.—Y al momento....—Vete.—
Pero...—¡Pronto!—¿Quién me mete
en camisa de once varas?

MARINA. Cargado está el horizonte.

BELTRAN. Y de nubes turbulentas.
No más cuentos, ni más cuentas....
¡Y aqui vienen las del monte!
(*Con interés.*)
Hermoso bosque se ardió
(*Abre la cartera y ojea los papeles, como distraido.*)
y á nadie fué de provecho...
Pero en fin, á lo hecho pecho.
¡Ola, por aquí ando yo!
Mi cuenta. No será raro
que el secretario, mohino
porque va á ser mi sobrino,
me haya puesto algun reparo.

MARINA. No penseis mal.

BELTRAN. Si le ofendo
sin razon, él por su parte
me ofende á mí al desairarte.
¡Jesucristo! ¡Qué estoy viendo!
(*Leyendo uno de los papeles que habrá en la cartera.*)

MARINA. ¿Qué sucede?

BELTRAN. ¡Si: no hay más!
(*Hablando consigo mismo.*)
MARINA. ¡Oh! ¿qué dice ese papel?
BELTRAN. ¡Y ella!... Si.
MARINA. ¿Qué dice?
BELTRAN. ¡Y él!...
Piensa mal y acertarás.
MARINA. Hablad: mi zozobra acabe.
BELTRAN. Burlado quedo ¡ó baldon!
He sido como raton
que un solo agujero sabe!
MARINA. Hablad.
BELTRAN. Me engañó. ¡Te humilla!...
MARINA. ¿Quién? ¿Que debo recelar?
BELTRAN. Despues de tanto nadar,
no hay como ahogarse en la orilla!
MARINA. Dejad que esa carta lea.
BELTRAN. En ella verás tu ruina.
(*Dándosela.*)
MARINA. ¡Cielo santo!
(*Leyéndola.*)
BELTRAN. No es harina
todo aquello que blanquea.
MARINA. ¡Callad! Mi pecho destroza
este secreto, y me asusta.
BELTRAN. ¡Miren la grave, la adusta
doña Juana de Mendoza!
Tambien ella el gérmen siembra
del oprobio, ingrata y ruin.
Una ricahembra, al fin,
si es rica tambien es hembra.
MARINA. ¡Tal maldad su pecho esconde!
BELTRAN. Voy á decirle...
MARINA. Aguardad.
BELTRAN. Al son que canta el abad,
el sacristan le responde.
Ya con sus miradas hoscas
no me turbará la infiel;
y no hay sino hazte de miel,

y no te verás de moscas.

MARINA. ¡Por Dios!...

BELTRAN. Si, tu ruego acato,
y espero ocasion mejor,
que nunca es buen cazador
siendo maullador el gato.

MARINA. ¡Faltarme asi doña Juana!

BELTRAN. El escudero de Aroche
de lo que dice de noche
no se acuerda á la mañana.

MARINA. Y tú, Vivaldo, ¿por qué
mi afecto pagas tan mal?
¿Cuál fué mi delito, cuál
si el quererte no lo fué?—
Mas ya te aborrezco, sí;
ya os detesto, almas traidoras.

BELTRAN. ¿Que le aborreces, y lloras
y me haces llorar á mí?
En mi pecho tu dolor
eco fiel siempre hallará,
que el más alegre quizá
es el que siente mejor.
Disponte luego á partir;
nada contigo me aterra:
donde una puerta se cierra
ciento se suelen abrir.
Y espere que digno esposo
al cabo á sus pies se rinda,
quien tiene cara tan linda
y corazon tan hermoso.
Yo el sustento de los dos
ganaré, y al fin completa
será tu dicha, que aprieta
mas no ahoga nunca Dios.

MARINA. Si; mi planta no vacila.

BELTRAN: Salgamos de esta morada
con la frente levantada
y la conciencia tranquila.

MARINA. ¡Oh cuán dura humillacion

suerte fatal me depara!

BELTRAN. Más vale vergüenza en cara
que mancilla en corazon.

ESCENA IX.

Dichos y DON ALFONSO.

DON ALFONSO. (¿Qué es esto? ¿Los dos llorando
(*Deteniéndose en la puerta del foro.*)
y demudado el semblante?)

BELTRAN. (¡El amo!)

MARINA. (Dadme al instante
la carta.)
(*Beltran se la dá y ella trata de ocultarla entre las manos.*)

DON ALFONSO. (¿Qué estoy mirando?
¡Marina un pliego ocultó!..)

MARINA. (Que no sospeche.)
(*Procurando tranquilizarse.*)

DON ALFONSO. (¡Cautela
singular!... ¿De mi recela?
¡Imposible! ¿Y porqué no?
¿Será?...) ¿Qué nueva importuna
(*Adelantándose.*)
contiene el pliego que guardas?

MARINA. (Le ha visto.) Señor...

DON ALFONSO. Ya tardas
en responderme.

MARINA. Ninguna...

DON ALFONSO. Dámelo.

MARINA. Pero...

BELTRAN. (El asunto
va mal.)

MARINA. Perdonad... yo os ruego...

BELTRAN. Es una cuenta...

DON ALFONSO. Ese pliego.
(*Imperiosamente.*)

MARINA. ¡Dios mio!

DON ALFONSO. Dámele: al punto.

(*Toma el pliego de manos de Marina sin que ella oponga resistencia. A una señal imperativa de don Alfonso, sale con Beltran por la puerta del foro.*)

ESCENA XI.

DON ALFONSO. Despues MELENDO.

Sí: la prueba apetecida
me otorga propicio el hado...
y por no haberla encontrado
diera contento la vida.
¿Por qué abrasa este papel?
¿Qué puedo en él encontrar,
que antes quisiera cegar
que fijar la vista en él?
(*Leyendo.*)
«Os amo, y pagais mi amor:
ya es imposible ocultarlo,
ni extinguirlo con la ausencia,
ni remediar sus estragos.
Vedlo bien: con el destierro
no poneis mi vida á salvo,
y más amargais la vuestra.
Antes la muerte.—Vivaldo.»
¡Oh si: se amaban los dos!
Cierto, cierto es lo que miro.
No, no sueño; no deliro,
no me engaño... ¡Ira de Dios!
¡Ardiendo en culpable llama
desdeñó mi pura fé!
¡Y yo que necio fié
en la opinion de una dama!
Hé aquí la que no tenia
en la voz del mundo precio.
Siempre aplaude el mundo necio
la astucia y la hipocresía.

Muera quien manchó mi honor;
ni es satisfaccion bastante
el dolor de un solo instante
para un eterno dolor.
¿Y con el suyo ha de ser
envilecido mi nombre?...
¡Maldita ley que hace al hombre
juguete de la mujer!
¡Oh! ¿Qué?..
(*Viendo á Melendo que entra por la puerta del foro.*)

MELENDO. La gente marcial
ya para marchar se apresta.

DON ALFONSO. Luego que se halle dispuesta,
hagan las trompas señal.
(*Vase Melendo.*)

ESCENA XI.

Doña JUANA y don ALFONSO. Despues MELENDO.

DON ALFONSO. (Ella viene. ¡Dios me valga!)

DOÑA JUANA. ¿Por qué cuando yo despido
á Vivaldo, has prohibido
que de estos lugares salga?

DON ALFONSO. ¿Por qué? Convencerte espero
de que fue cuerda medida
no consentir su partida
sin que esto vieses primero.

DOÑA JUANA. ¿Este pliego?..

DON ALFONSO. Es para tí.
Ve si es prudente que parta.

DOÑA JUANA. ¡Oh!

DON ALFONSO. ¿Qué dices?

DOÑA JUANA. Que esta carta
no puede ser para mí.

DON ALFONSO. Mal la turbacion escondes
que miro en tu faz pintada;
eres de Vivaldo amada,

y tú á su amor correspondes.

DOÑA JUANA. ¡Oh! ¿Qué dices?

DON ALFONSO. Tu traicion
ya es patente.

DOÑA JUANA. Sella el labio,
que solo ofende el agravio
al que agravia sin razon.
Oye, y tu furor modera.

DON ALFONSO. Primero que yo, Beltran
vió este papel. Lo sabrán
mil y mil; Castilla entera
sabrá luego tu perfidia.

DOÑA JUANA. Cuando es infausta la nueva,
ráudo en sus álas la lleva
el huracán de la envidia.
Ni habrá quien lo dude, no;
que el mundo, de envidia lleno,
siempre dudó de lo bueno,
siempre lo malo creyó.
Sí; lo sé. ¿Qué no atropella
de vil calumnia el rigor?
Cuanto es la gloria mayor,
tanto más se ceba en ella;
y donde el mónstruo infernal
clava la garra homicida,
aun cuando sane la herida
queda siempre la señal.
¿Y habré de apurar las heces
de oprobio tanto? ¿Y osó
Vivaldo?... ¿Yo infame? ¿Yo
sin honra? ¡Jesus mil veces!

DON ALFONSO. Harto tiempo fue ignorada
la traicion de un pecho ingrato.

DOÑA JUANA. ¿Con que, en su ciego arrebato,
nada le contuvo, nada?
Tal castigo merecí
por mi templanza escesiva.
Yo debí ser más altiva,
más severa... Yo debi

con ánimo resoluto
descubrir su torpe dolo.
¡Maldita piedad, que solo
das la ingratitud por fruto!

DON ALFONSO. ¡Oh! Tu sangre fementida
lave al punto mi deshonra.
(*Desnudando una daga.*)

DOÑA JUANA. Hiéreme; sí. Con la honra
debe terminar la vida.

DON ALFONSO. Disponte, pues, á sufrir
el castigo decretado.

DOÑA JUANA. Para el que muere culpado
solo es castigo el morir.
(*Con imponente dignidad.*)

DON ALFONSO. ¿Qué es esto? ¡Horrible inquietud!
(*Desconcertado por el aspecto de doña Juana.*)
Niega á lo menos tu culpa;
disculpate.

DOÑA JUANA. Se disculpa
el vicio: no la virtud.

DON ALFONSO. Si horrible engaño me ciega,
deshazlo ya sin demora.
Quien te amó, quien aun te adora
te lo manda, te lo ruega.

DOÑA JUANA. ¿Yo con torpe liviandad
manchar, por viles amores,
el honor de mis mayores
y mi propia dignidad?
Aun está mi pecho en calma;
aun recuerdo sin rubor,
que cuanto el nombre es mejor
debe ser mejor el alma.
Aun firme en su noble empeño,
no ha olvidado el alma mia
que es la mayor villanía
nacer grande y ser pequeño.
Yo la deuda que contraje
con mis mayores cumplí;

yo al suyo mi ejemplo uni
para fundar un linaje
que, domando injusto encono,
más que el sol brillante y puro,
soñé ver en lo futuro
alzarse hasta el mismo trono;
con la enseña de la cruz
esclava hacer la fortuna;
arrojar la media luna
del rico imperio andaluz;
y, siempre corriendo en pos
de grandes hechos, buscar
nuevo mundo á que llevar
el santo nombre de Dios.

DON ALFONSO. ¡Oh, qué escucho!

DOÑA JUANA. Yo maldigo
al vil que así recompensa
mis bondades.

DON ALFONSO. Tal ofensa
reclama pronto castigo.

DOÑA JUANA. Sí; lo reclama. (Callad
(*Hablando consigo misma.*)
impulsos del corazon.
Ya es crímen su obstinacion;
ya es delito mi piedad.
¡Oh! Si el vicio impune dejo,
la virtud corrompo: sí,
grabadas están aquí
las palabras de aquel viejo.)
¡Ola! ¡Melendo!
(*Melendo aparece por el foro. Doña Juana se le acerca y le habla en voz baja.*)

DON ALFONSO. (¡Cuál crece
mi amante fuego por ella!
¡Ay del que sus glorias huella!)

MELENDO. ¡Cómo! ¡Señora!
(*Aterrado.*)

DOÑA JUANA. Obedece.
(*Vase Melendo.*)

DON ALFONSO. ¿Qué intentas?
DOÑA JUANA. De un siervo infiel
castigar el ánsia impura;
mas tú ser prudente jura,
y no ensangrentarte en él.
DON ALFONSO. ¡Oh; no! Mi mayor delicia
será vengarme.
DOÑA JUANA. Una afrenta
con la venganza se aumenta,
se lava con la justicia.
DON ALFONSO. Pues bien; lo ofrezco. Serás
acatada en cuanto mandes.
DOÑA JUANA. Dios prueba las almas grandes
para engrandecerlas más.
(*Vase por el foro.*)

ESCENA XII.

D. ALFONSO. A poco MARINA.

DON ALFONSO. ¿Por qué al hombre que la infama
con tan insolente arrojo,
así libra de mi enojo?
MARINA. Don Alfonso. (*Dentro.*)
DON ALFONSO. ¿Quién me llama?
MARINA. Don Alfonso. (*Dentro.*)
DON ALFONSO. La voz es
de Marina.
MARINA. Compasion
(*Saliendo por la puerta del foro y arrojándose á los pies de D. Alfonso.*)
para Vivaldo. Perdon,
ó aquí muero á vuestros pies.
Templad el rigor funesto
del fallo que le condena.
DON ALFONSO. Sufra Vivaldo la pena
que le haya su juez impuesto.
MARINA. ¿Luego es ella, es doña Juana,
que no vos, quien ha dictado

sin lástima de un cuitado
sentencia tan inhumana?

DON ALFONSO. ¿Y tú, á quién él desdeñó,
eres hoy su medianera?

MARINA. ¿Qué importa que él no me quiera,
para que le adore yo?
¡Vivaldo! ¡Vivaldo, ven;
deja que te ampare osada
contra la mujer amada,
la que llora tu desden!
Vos no seréis inflexible,
vos seréis su salvador.
No es posible que el rencor
ciegue tanto. No es posible
que aprobeis en vuestra esposa
resolucion tan severa.
Pensadlo bien. ¿No se altera
vuestra sangre generosa?
¡Van á matarle!

DON ALFONSO. ¿A matarle?

MARINA. ¿Qué, lo ignorábais? Melendo
me lo ha dicho, presumiendo
que yo podria salvarle.

DON ALFONSO. Pero, ¿estás segura?...

MARINA. Asi
lo quiere suerte cruel.
¡Van á matarle, y con él
me van á matar á mi!
Ya creo ver que un impío
hiende su cuello, ó quebranta
su cerviz. ¡Morir con tanta
juventud y tanto brio;
cuando al bárbaro rigor
de estrella nunca vencida,
aun no sabe si hay más vida
que la vida del dolor!
Corred ó será ya tarde;
y advertid que no consiente
vuestra fama de valiente,

que os vengueis como un cobarde.
¡Harto le castiga Dios!
¿Y á quién no esclaviza, á quién,
mujer tan grande? ¡Tambien
la amasteis al verla vos!

DON ALFONSO. Me agravia: en horribles celos
abrasó mi corazon.
¡Pero matarle á traicion...
No será, viven los cielos!
Si por ella al recio yugo
del amor su pecho late,
merece que yo le mate;
no que le mate un verdugo.
Ni ya podré sin quebranto
castigar su anhelo impuro,
que al verle en trance tan duro,
ya no le aborrezco tanto.

MARINA. No en vano en vos esperé.
¡Con toda el alma os bendigo!
Venid. Venid.

DON ALFONSO. Ya te sigo.

ESCENA XIII.

Dichos y VIVALDO, que aparece en la puerta por donde antes entró. Despues BELTRAN.

MARINA. ¡Cielos!

VIVALDO. ¡Todo lo escuché!

MARINA. Vivaldo, tu error confiesa;
y á quien hoy te patrocina...

VIVALDO. (¡Ay de mí triste!) ¡Marina!..
¡Señor!..

MARINA. Habla.

VIVALDO. La sorpresa...
el espanto...

MARINA.Ház que á tu ruego
su justo rigor se doble.

VIVALDO. (¡Ella tan buena, él tan noble,

y yo tan vil y tan ciego!)
Con razon llenó la suerte,
por castigo á mi demencia,
de amargura mi existencia
y de ignominia mi muerte.

DON ALFONSO. Justo fuera tal castigo
para agravio tan inmenso;
pero matarle indefenso,
es honrar al enemigo.
Y nadie ha de suponer
que dí á tu muerte lugar,
temeroso de acabar
el duelo empezado ayer.
Antes que á ella me enlazara
tú la amaste, y yo te doy
que me la disputes hoy
hierro á hierro y cara á cara.
Pues, ya que empeñado estás
en tan odiosa porfía,
quiero probarte que es mia
porque la merezco más.

VIVALDO. No espereis que este infelice
arme contra vos la diestra;
y harto su valor demuestra
quien se arrepiente y lo dice.

BELTRAN. Huye, Vivaldo.

MARINA. ¡Gran Dios!

BELTRAN. Ya está pronto el ballestero
que ha de matarte.

DON ALFONSO. El acero
desnuda.

VIVALDO. No contra vos.

DON ALFONSO. No te queda otro camino.

BELTRAN. Solo pensarlo me espanta.
¡Quién dijera!

MARINA. ¡Vírgen santa!

VIVALDO. Matadme vos.

DON ALFONSO. ¡Yo asesino!

VIVALDO. Pues bien: lance sobre mí

vil sayon el dardo agudo.
(*Dirigiéndose hácia el foro.*)

DON ALFONSO. ¡Eso no, que yo te escudo!
(*Deteniéndole y poniéndose delante de él.*

VIVALDO. ¡Dios santo, y yo le ofendí!
(*Cayendo á sus pies.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos y doña JUANA.

DOÑA JUANA. ¡Oh! ¿qué miro? ¿En compasion
se trocó tu ardiente furia?
¿Asi se venga una injuria?

DON ALFONSO. ¡Gran venganza es el perdon!
Pues ya elevas sin mancilla
la pura y serena frente,
perdona al que se arrepiente,
y levanta al que se humilla.
(*Levantando á Vivaldo, que le besa la mano.*)

MARINA. ¡Oh! Señora, por piedad....

BELTRAN. ¡Hija es la piedad del cielo!

DOÑA JUANA. ¿Tú lo mandas?

DON ALFONSO. Yo lo anhelo.

DOÑA JUANA. ¡Cúmplase tu voluntad!

DON ALFONSO. Si mereciste alabanza
por fuerte, prudente y justa,
hoy ciñe tu sien la augusta
corona de la templanza.
Tú, vence al cruel destino (*A Vivaldo.*)
que opone á tu esfuerzo dique;
(*Oyénse clarines á lo lejos.*)
y tu pecho purifique
el de patria amor divino.
Ven á la guerra: el clarin
nos llama rasgando el viento.

VIVALDO. ¡Oh dicha! ¡Oh gloria! ¡Oh momento!

BELTRAN. ¡Se va, sin casarse al fin!
(*En un ángulo del proscenio.*)

DOÑA JUANA. Id, volad: que nuestra gloria
con nuevo fulgor se ostente.

DON ALFONSO. Yo consagraré á tu frente
el laurel de la victoria.

DOÑA JUANA. Sí, triunfad en la campaña;
y al sagaz leopardo inglés
postrado mire á sus pies
el noble leon de España.

VIVALDO. Puro y tierno corazon (*A Marina aparte.*)
que desprecié en mi locura,
astro de mi noche oscura,
ángel de mi salvacion;
déme el cielo bondadoso,
pagar tanto beneficio.

MARINA. No con duro sacrificio;
págame siendo dichoso.

DON ALFONSO. ¡Oh mis armas!
(*D. Alfonso, Vivaldo, Marina y Beltran se dirigen á descolgar varias armas de los trofeos.*)

DOÑA JUANA. (Ya logré
(*En el proscenio aparte.*)
cambiar su amor en desvio.
¡Tuya es mi gloria, Dios mio!
¡Tú sabes cuánto le amé!
Absuelve, absuelve, señor,
doliéndote de mi ruego,
este llanto con que riego
el cadáver de mi amor!)

DON ALFONSO. Hoy los cielos nos redimen
(*Volviendo al lado de doña Juana y estrechándola en sus brazos.*
con tierna solicitud.

DOÑA JUANA. ¡Solo hay dicha en la virtud!
¿A qué buscarla en el crímen?

FIN.

NOTAS.

I. A esta composicion ha dado asunto un libro, aun no impreso, que el padre Hernando Pecha, de la Compañía de Jesus, natural de Guadalajara, acabó de escribir en 1635. Lleva por título *Historia de las vidas de los Excmos. Sres. duques de el Infantado y sus projenitores, desde el infante don Zuria primero señor de Vizcaya*. Y cúmplenos estractar á continuacion el capítulo V de códice tan precioso:

»Fue doña Juana hija mayor de Pero Gonzalez de Mendoza y de doña Aldonza de Ayala; y sobre los muchos y peregrinos dones con que la dotó naturaleza, tanto la mejoraron y enriquecieron sus padres, con tener doce hijos, que la llamaban en Castilla la *Ricahembra*. Casó con Diego Manrique de Lara, Adelantado mayor de Leon, que murió en la batalla de Aljubarrota. Y como fuese tan cabal mujer y de tan gran fama que, viéndola viuda, muchos y grandes señores pretendieran casarse con ella, puso vivo empeño en hacerla suya don Alonso Enriquez, hijo del Maestre de Santiago don Fadrique; procurando que, al propósito, su prime el rey don Juan que á la sazon reinaba, escribiese apretadamente á doña Juana para que con él se casase. Por el mejor logro de la carta, quiso llevarla el mismo don Alonso con disfraz de criado del rey. Fuese á Guadalajara, donde á la sazon estaba la Ricahembra (quien no conocia de vista á don Alonso); demandó audiencia, é hizo su embajada. Tomó y leyó la carta doña Juana de Mendoza; y dijo con enojo y cólera: «Los matrimonios, señor, han de ser voluntarios. No han de violentar los reyes en materias semejantes. Don Alonso es mozo, yo de edad más crecida, viuda y con un hijo. No me conviene casarme con él y muévenme á ello, ademas, otras razones ocultas y causas que yo tengo.» Don Alonso apretaba á doña Juana que mirase la calidad del novio; que era primo hermano del rey; la voluntad del monarca; las mercedes que podía esperar, y otras razones á este modo, con tal eficacia, que irritada doña Juana, exclamó: «No quiero casarme con el hijo de una judía.» Sentido del caso don Alonso levantó la mano, dió un bofeton á doña Juana y salióse. Pero, corrida y afrentada ella, dijo á un su criado: «Preguntad á aquel caballero que de aquí salió cómo se llama.» Hízolo el paje, y no sosegó doña Juana hasta que vino don Alonso y juntamente el cura de Santiago que los casó allí luego, porque en ningun tiempo se pudiera decir que hombre que no era su marido, se habia atrevido á darle un bofeton. Despues supo el rey la historia y alabó el hecho de él y de ella.

»Era castísima, tan recatada y prevenida, como se echó de ver en muchos casos, de los que se referirán dos únicamente.

»Doña Juana tenia de costumbre, en anocheciendo, cerrar las puertas de la fortaleza donde vivia, sin consentir que se alzase el rastrillo para persona del mundo. Sucedió que en una de sus largas ausencias, don Alonso vino de repente y sin prevencion una noche á la fortaleza; pero como ni creyese doña Juana que era su marido, ni á serlo estimase cuerdo abrir tan á deshora las puertas, aquel tuvo que hospedarse en la casa de un vasallo; bien que admirado de la prudencia de su mujer, de su recato y clausura.

»Más raro fue el segundo suceso en materia de honestidad. El secretario de doña Juana con atrevimiento loco y temerario se arriesgó á escribirle un papel de amores, que puso en la cartera de la firma entre otras cartas y provisiones que traia. Pero como la Ricahembra sin leer no firmase jamás cosa ninguna, luego que tuvo en sus manos el billete, quedóse con él; disimuló, y sin que nadie lo notára, llamó al goberna-

dor de la villa, é hízole prendiese en aquella noche al secretario; el cual apareció á la mañana siguiente ahorcado frente de las ventanas de palacio.»

Hasta aquí el padre Pecha, refiriendo la tradicion que, exagerada acaso, por el transcurso de dos siglos, se conservaba en la familia de Mendoza.

Pero cuando se ve, por documentos coetáneos, que no fué exacta la tradicion al suponer á doña Juana en otra parte que en la Rioja, al tiempo de su segundo casamiento; ni al reconocer en don Alonso Enriquez por aquellos dias un honrosísimo cargo, que no tuvo hasta muchos años adelante,—bien puede el poeta, á diferencia del cronista suavizar la gótica fiereza de la relacion precedente, aderezando su obra con más dulces y humanos sentimientos. Respete sin embargo en el poema el símbolo de la mujer idólatra de su honra, capaz de sacrificarlo todo á sus deberes, y que abroquelándose con las virtudes, triunfa siempre de los demas y de sí misma.

II pág. 6. «Si el caballo vos han muerto...»

Lope de Vega y Luis Vélez de Guevara incrustraron en comedias suyas este popular y antiguo romance, que anónimo se halla tambien inserto en el *Romancero general*. Su autor, hasta ahora desconocido, fué (segun del referido códice aparece) un insigne poeta, Alfonso Hurtado de Valverde, natural de Guadalajara.

III. pág. 12. »De Villarta y de Foncea...»

Estos y muchos otros lugares aportó doña Juana en dote, cuando su primer matrimonio, segun instrumentos públicos otorgados en Avila á 6 y á 16 de diciembre de 1381, de los cuales posee la Biblioteca nacional copia muy antigua.

III. pág. 19. «Las banderas de Mendoza.»

El escudo de sus armas era verde con banda roja perfilada de oro.

IV. pág. 22. «Es historia bien sucinta.»

Y verdadera la de Gil Bayle, señor de las Cuevas de Espelunca, principal caballero de Baeza, que murió poco antes del tiempo en que se supone la accion del drama. Su casa, con antiguos escudos y follages, existia junto á la iglesia mayor de aquella ciudad; y el cortijo, famoso por el letrero que en su puerta puso Gil Bayle, hallábase al pié del cerro de su nombre, entre los rios Guadalen y Guadalhimar. Véase Argote de Molina, en su *Nobleza del Andaluzía*, cap. 38.

V. pág. 27. «el padre fué un religioso, fué la madre una judía.»

Tuvo el Maestre de Santiago don Fadrique (hermano bastardo de Pedro el cruel) á don Alonso en la mujer de un mayordomo suyo, judia conversa de Guadalcanal y hermosísima criatura. Oculto, desconocido á todos, y como judio, se crió don Alonso hasta la edad de veinte años, á cuya sazon reconocido por hijo del Maestre, y recibido en el gremio de la iglesia, tomó el sobrenombre de Enriquez por amor al rey su tio don Enrique segundo.

VI. pág. 27. (*Dale un bofeton.*)

Aun entre dos hombres hoy no tolera en la representacion nuestro público tamaño desafuero. La destreza del actor que haga la figura de don Alfonso, consista pues en indicar que tiende á tapar la boca

de doña Juana para que no prosiga; bien que dando á este ademan toda la rudeza y violencia que pide, para justificar la resolucion de la protagonista.

VII. pág. 85. **¡Miren la grave, la adusta doña Juana de Mendoza!**

Estas palabras conciertan con las del bachiller de Cibdareal. en su epistola I, en que da cuenta al Justicia mayor del nacimiento de Enrique IV. «La del Almirante (madrina del principe) llevaba una *cara acontecida*, símil símil á la de doña Juana de Mendoza, que es ella mesma; y dice Pajarón que no ha visto otra cara que se le parezca.»

VIII. pág. 92. **«Para fundar un linaje»**

Tuvo *La Ricahembra* por nieta á doña Juana Enriquez de Mendoza, reina de Aragon y madre de Fernando V, aquel que dividió con Isabel I de Castilla la más alta gloria del sólio español.

IX. pág. 97. **«Gran venganza es el perdon.»**

«Fué don Alonso discreto é atentado asaz gracioso en su decir: la razon breve é corta. Turbábase mucho á menudo con saña, y era muy arrebatado con ella. De grande esfuerzo, é de buen acogimiento á los buenos. Entendia más que decia.» *Fernan Perez de Guzman:* Generaciones y semblanzas; cap. VI.

